

¡Más quisieras!

Céline Braud



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

Desde que era pequeña he intentado encontrar el amor siguiendo los guiones de Disney. No, no solo me refiero a buscar hombres con personalidades, físicos o familias aristócratas dignas de un príncipe azul, sino que ha sido un esquema de vida que he cumplido a rajatabla, como la más duras de las dietas milagro.

A los diez años empecé a leer las confesiones que las chicas adolescentes hacían sobre su sexualidad en las revistas, lo que me llevó a deducir información que desconocía gracias a la delicadeza con la que mis padres siempre me habían hablado. Me interesé por el tema e investigué en internet, dónde aprendí términos como clítoris, punto 'G', orgasmo vaginal y masturbación. Dos años después sentí los primeros cosquilleos en mi aparato reproductor y comencé a autosatisfacerme. No me avergüenzo de haberlo hecho, pero reconozco que quizás fui un poco prematura.

A los catorce años tuve mi primer novio como acto rebelde contra mis padres, que estaban tramitando el divorcio a mis espaldas. En aquella época, a diferencia de los compañeros de clase, yo era bastante avispada y entendía las miradas asesinas que se intercambiaban, los problemas de las discusiones y hasta los intereses bancarios sobre las hipotecas. Así que acepté salir con Jorge, el menor de una familia de siete hermanos. Nuestra historia duró un par de meses, los necesarios para que mis padres se dieran cuenta que intentaba llamar la atención para desviar el foco sobre el divorcio. Las características de la familia de Jorge unidas a mi blanco nuclear para prevenir las futuras manchas y arrugas de la piel me hicieron nombrar a esta etapa como 'Emma y los siete enanitos'.

A los dieciséis años tuvo lugar el apogeo de una red social llamada Tuenti, donde subía una foto de cada paso que daba al día. Fue así, entre comentario y comentario, cómo conocí a Fernando, o príncipe Eric, que me salvó del mar brayo en el que vivía: mi madre reprochaba a mi padre que su nueva novia, Úrsula, me consentía y daba malos modales, provocando así un descenso en mi calidad académica. Ella ignoraba el hecho de que viajaba de su casa a la de mi padre tres veces por semana y tenía que aguantar las ausencias de sus turnos interminables en el hospital. Como comprenderéis, haberme criado con niñeras me hizo rechazar rotundamente cualquier profesión que tuviera que ver con las ciencias.

Eric me enseñó a ver el lado positivo de toda esa situación, así como a tener una primera impresión del amor memorable. Pero mi vida no quería

poner punto final a mi sufrimiento e hizo que trasladaran al padre de Eric a Cádiz. Y se fue, para no volver. Ay, 'La Sirenita'.

A los diecisiete tuve mi primer rollo veraniego en la playa de Valencia y, aunque nos dimos nuestros números, nunca más volvimos a vernos.

Los dieciocho llegaron lleno de presión. Me jugaba la entrada en la carrera de mis sueños y ser la mejor no me era suficiente. Sin embargo, eso no me impidió conocer a Alex, un chico dulce, guapo e inteligente. Al menos hasta que se llevó mi virginidad y al ver que mi inexperiencia no le satisfacía, me dejó, convirtiendo mi vida en 'Emma y la Bestia inversa'.

Mi manía de establecer una relación duradera basada en la sinceridad y confianza me hizo conocer al príncipe azul más gilipollas del planeta Tierra, Alberto. Era la definición de madurez y raciocinio, hasta que lo conocí de una forma más íntima en una pequeña escapada de amigos y descubrí que Cenicienta era el apellido que, según él, me identificaría en los próximos años si con él envejeciera.

Los años de universidad se acabaron y mi vida sentimental siguió cayendo en picado como la peor de las venganzas. Hasta ayer.

El camino hacia la oficina es largo y aburrido, por lo que la música a través de los auriculares de alta calidad sustituyen los latidos de mi corazón. Recogí mi café en la cafetería de confianza y me senté a bebermelo en la terraza, corriendo el riesgo de helarme y convertirme en Olaf. Necesitaba aire fresco antes de volver a encerrarme en un cubículo a corregir novelas.

El móvil me vibró y revisé mis redes sociales para comprobar qué era, pero no encontré nada. Así que lo dejé estar y me centré en observar mi entorno y organizar mi mente. Vibró una vez más, con más intensidad. Lo desbloqueé y con paciencia entré y revisé todas las pestañas de Facebook, Twitter e Instagram. Nada. No entendía de donde provenía el movimiento de aquel aparato.

—¿Emma?

Si me hubieran dicho al levantarme que iba a encontrarme antes de ir al trabajo al mejorado doppelgänger de Theo James no me lo hubiera creído. Es más, creo que ni hubiera salido de la cama por miedo a decepcionarme.

—¿Pe...perdón?

—¿Eres tú, verdad? -me preguntó enseñándome una foto de perfil en una red social llamada Tinder. Era yo. Al menos, era mi foto.

—Yo... -fruncí el ceño y cogí el móvil del sujeto desconocido, acercándolo a mis ojos con cara de incrédula. -Ha habido un error, lo siento. Yo no tengo

ningún perfil en esa red social.

—Pero si eres tú.

—Sí, soy yo, pero yo nunca me he abierto un perfil ahí. Creo que alguien me ha estado robando las fotografías. -mi cara comenzó a palidecer mientras decía esas palabras. ¡Joder! Podrían estar robándome la identidad.

—Emma, entiendo que estés nerviosa o no te haya causado una buena impresión, pero... si mi móvil ha vibrado es porque tu tienes la aplicación instalada en tu teléfono móvil.

—¿Qué?! ¡¿De verdad?!!

Desbloqueo el móvil y me meto en la carpeta de descargas, quedándome anonadada con la cantidad de notificaciones acumuladas en la aplicación fantasma.

—Sé que puede parecer rara, muy rara, -matizo- esta situación, pero no tenía ni idea de que la aplicación estaba instalada y, mucho menos, que tenía un perfil a mi nombre. —¿Cómo te llamas?

—Héctor.

—Héctor, ¿he hablado alguna vez contigo por aquí? -me levanto, nerviosa. Tengo que ir a la policía.

—No. No ha habido ningún *match*.

—¿Ningún qué? -me paso la mano por el pelo- No entiendo nada. ¿Te han dado mi número de teléfono por ahí? ¿Detalles de dónde vivo?

—¡No! ¡Claro que no! -ríe- Solo aparecen fotos tuyas y tus preferencias a la hora de buscar algún chico. Mira, siento todo esto. Está claro que te han robado las fotos. —Encantado de conocerte, Emma. -me guiña un ojo y se va, dejándome con la mente bloqueada.

Me siento de nuevo y reviso el móvil a fondo, incluyendo la carpeta de descargas y aplicaciones basura. Efectivamente, Tinder está en una de ellas. Entro sin meter ningún dato, la sesión está abierta. Investigo mi perfil y analizo las fotos colgadas, además de mis detalles personales y a los chicos que 'me han gustado'. No me hace falta buscar la dirección de ninguna comisaría cercana. Sé quién ha sido, y cuando la pille pienso limpiar el suelo del piso con su melena.

—Dime Emma. -responde

—Eva, ¿se puede saber qué coño te fumaste ayer para hacerme un puto perfil en Tinder? -juro, y vuelvo a jurar que no suelo blasfemar tanto. Pero mi cuerpo no lleva sangre, sino veneno en estos momentos.

—¿Lo has visto?! ¿Has conocido a alguien ya?

—¡Así que fuiste tú, niñata estúpida! Acaba de acercarse un tío y quedado como una patética delante de él.

—¿Pero habéis hablado? ¿Has ligado?

—No, la he cagado. ¿Se puede saber qué coño se te pasó por la cabeza para instalarme y hacerme una cuenta en una red social para encontrar folla-amigos sin decirme nada? —Porque dudo mucho que ahí haya nada

de amor.

—No me seas anticuada, Emma. Necesitas algo de sexo y si tú no pones empeño en conseguirlo, tendrá que ayudarte tu hada madrina.

—No recuerdo haberte pedido ayuda.

—No me hace falta, puedo leer tus señales corporales: piel tensa, pocas sonrisas, humor propio de Maléfica...

—Eva, tienes dieciocho años y un viaje de fin de curso a la puerta de la esquina. Si no quieres quedarte con papá, más te vale no tocarme los ovarios. Tengo treinta y dos años, pero aún sé ligar en las discotecas.

—Esta tarde voy a verte. Te daré consejos para el perfil. ¡Te dejo, que entro a clase! *Ciao*, te quiero.

Y me cuelga, resaltando las razones por las que siempre quise ser hija única.

Tú sí que deberías volver al infierno del que saliste, enana.

Capítulo 2

Capítulo 2

El 99,9 % de las personas que trabajan en las oficinas o en trabajos que requieren estar sentado frente a un ordenador, más conocidos como white-workers, siguen un patrón de comportamiento común: saludar a sus compañeros íntimos sin ni siquiera quitarse el abrigo e ir a por un café que tardan en hacerse una media de 15 minutos, no a causa de la cafetera, sino por los temas de conversación entrelazados. Yo, por el contrario, me siento en la silla, abro la agenda en la fecha correspondiente y tacho o añado las tareas que debo hacer, y como ritual de anterior a permitir que mi mente se vaya entre historias aún por descubrir, entro en Pinterest y busco frases de motivación. Mis preferidas son: '¡Tu puedes hacerlo todo posible!' y 'Los días buenos no se dan, se hacen'. Sin embargo, hoy con la rabia acumulada me he inclinado más por algunas como: 'hoy es martes trece y a ti el día nadie te lo tuerce' u 'Hoy me noto empanao'.

Y es que no estaba empanada, estaba frita. Frita de la alucinación.

Me levanto del escritorio y voy a ver a Belén para que me entregue el correo de hoy. Charlamos unos segundos y cojo algunos manuscritos, diez para ser exactos. Cinco dejo en la mesa de mi compañero y otros cinco me quedo yo, los cuales clasifico por fecha y género. A continuación, cojo el primer manuscrito del día, me pongo los auriculares para concentrarme y comienzo la lectura. No está mal: es una historia de fantasía en la que un ejército de hadas lucha contra el poder imperial para no tener que servir a los niños prodigio del mundo humano. Hago un par de anotaciones, busco el correo electrónico del autor y, contra toda las reglas, le escribo un mensaje desde mi teléfono móvil, agradeciéndole la historia y recomendándole otra casa editorial de la competencia donde sí tiene cabida ese tipo de historias.

La segunda y tercera historias son tan aburridas, previsibles y típicas que ni siquiera me esmero en escribir un gran email de rechazo. Simplemente, les señalo que ya tenemos varias historias de ese tipo que saldrán próximamente y les agradezco el esfuerzo por haber pensando en nuestra editorial para publicar el libro.

Estoy tan agusto en la oficina, con la calefacción puesta a casi dos mil grados que declino la propuesta de mis compañeros de salir con ellos a tomar un café en la hora del descanso. Yo, me acerco a por un zumo a una de las máquinas dispensadoras y vuelvo a mi escritorio. Cojo el móvil y entro en Tinder para curiosear un poco sobre la clase de gente que entra allí. La mayoría de personas son adolescentes con una foto de perfil hecha en el espejo del baño de su casa o en el gimnasio, en ambas salen

marcando músculos. Las chicas suelen tener fotos de su cara con un maquillaje más propio de una caracterización del programa 'Tu cara me suena' que del día a día. Pero todo lo que acabo de mencionar no me detiene para pasar fotografías, pasando el dedo de izquierda a derecha de la pantalla. Conforme van pasando los perfiles, más me alegro de haber madurado y de que la adolescencia no hubiera pasado por mí de esa manera. Entro en la barra de búsqueda e introduzco la edad de 29 para filtrar las búsquedas. No sé si es el karma o el asco con el que estoy pasando las fotos, que mis dedos deciden actuar por voluntad propia y darle me gusta a un perfil masculino. Me llevo las manos a la cara e imito el emoticono de Whatsapp del cuadro de 'El Grito'. Rápidamente, busco en Google cómo funciona esa aplicación y descubro que los 'corazones' no le aparecen a la otra persona hasta que se produce un 'match', es decir, dos personas se encuentran atractivas mutuamente y se dan 'me gusta' o 'corazones'.

Por lo tanto, quito el corazón más relajada y cierro la aplicación. El resto de mi descanso, contesto a los mensajes de Whatsapp y escucho el nuevo disco de James Arthur.

La persona que dijo que en los gimnasios ligan hasta los más feos es porque no ha hecho una visita al zoológico reumático de mi barrio. Digamos que si se hiciera una estimación del tipo de población, los índices no bajarían de los 47 años.

Mi gimnasio no tiene más de cinco años de antigüedad. Es de un tamaño mediano, nacido del espíritu emprendedor de uno de mis vecinos al acabar la carrera de INEF. Su sueño era convertir aquel lugar en el sitio de moda entre los más jóvenes, ofreciendo una gran variedad de maquinaria, entrenamientos personalizados y el consejo de una nutricionista profesional que tendría instalada su consulta de lunes a viernes dentro de la instalación.

Como iba diciendo, solo hay hombres que quieren romper la barrera de 'fosi-sanos' y cuatro, remarco: CUATRO, treintañeros: dos de ellos con mentalidad de adolescente estancados en la etapa de jugar a los videojuegos y los otros dos tienen novia formal desde hace años y con la boda como próximo pensamiento. Por lo tanto, mi culo está a salvo de miradas obscenas.

Empiezo el circuito con unos ejercicios de cardio, para quemar la grasa que me produce estar sentada ocho horas al día en un escritorio, deshacerme de la rabia acumulada y el estrés. A continuación, sigo con un entrenamiento específico en las piernas, vientre y brazos.

Me abrigo cuando salgo y me voy directa a casa en busca de una buena ducha y una merienda saludable que no me dé problemas de conciencia al día siguiente. Aunque, conociéndome bien, acabaré comiéndome un

bocadillo con un embutido delicioso.

Antes de abrir la puerta principal de mi casa, veo que sale luz a través de la ranura inferior. No me hace falta hacer un examen exhaustivo de las posibilidades por las que puede haber ocurrido. Lo tengo claro: es mi hermana.

—¿De verdad te atreves a pisar mi casa después de hacerme una encerrona en Tinder?

—No dramatices Emma. -me dice sosteniéndome la mirada dos segundos.

-No ha sido para tanto. Y ahora calla que estoy viendo el programa. -me indica con una mirada de ojos que está viendo su programa de baile preferido.

—Creo que te hemos mimado mucho, y ahora tu cerebro está pagando las consecuencias. -le digo revoloteando su pelo cuando paso por su lado. - Voy a ducharme. —Prepárame la merienda si no quieres que le diga algo a papá.

—¡Madura! No vas a chantajearme.

Desaparezco en la oscuridad de mi habitación, donde cojo un pantalón de chándal para estar cómoda por casa, una camiseta y una sudadera ancha, y entro en el baño con la ropa interior en la mano. Como siempre, mi baño se convierte en una sauna improvisada. Pongo el agua tan caliente que es inevitable que todo se llene de vaho. Me mimo un poco, embadurnándome en cremas corporales y faciales, y tratando mi cabello con sérum y productos que, normalmente, por pereza, dejo para los fines de semana. Cuando salgo a mi habitación para vestirme oigo a Eva hablando en voz alta, involucrada en una conversación interesante, así que salgo envuelta en la toalla y observo la situación que tengo ante mis ojos: está sentada en el borde del sofá, con su smartphone en la mano y mi teléfono fijo en la oreja, sostenido con su ladeada cabeza. Se da cuenta de mi presencia y alegra su expresión facial.

—¡Aquí está, Cristina! ¿Te la pongo? Vale, muy bien, otro beso para ti. Adiós. -y me pasa el teléfono.

—Hola mamá. -digo volviendo a mi habitación. -¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y tú cariño?

—Un poco cansada, pero bien. El trabajo me está matando. -pongo el manos libres y dejo el teléfono en la cama mientras me visto

—¿Sigues haciendo horas extras?

—No, mi jefe me tiene muy controlada y me prohibió hacer horas extras a no ser que él mismo me lo pidiera.

—Me alegro escuchar eso, porque te estaba perjudicando la salud. Tienes que aprender a separar el trabajo de tu vida personal.

—Lo sé, mamá. Ya tengo esa lección casi aprendida. ¿Y tu trabajo cómo va?

—Igual que siempre, papeleo por aquí, papeleo por acá. Mi vida no es muy interesante. —Por cierto, voy a Madrid el viernes.

—¿El viernes? ¿Para qué?
—Voy a ir a ver a la abuela a la residencia. ¿Vas a venir?
—Fui a verla el finde pasado, pero si puedo, te acompaño.
—¿Tienes algún evento?
—No. Solo que no sé qué voy a hacer aún ese día.
—Mejor, porque te he cogido cita para el ginecólogo.
—¿Qué has hecho qué?
—¿Cuánto haces que no te haces una revisión? Ya sabes que a mi me da mucho miedo todo lo relacionado con las enfermedades. Tienes que hacerte revisiones completas.
—Mamá, tengo 32 años. Creo que soy lo suficientemente adulta como para saber cuándo he de hacerme revisiones.

—Pero nunca te las haces.
—No suelo tener mucho tiempo libre. Ya sabes que el trabajo ocupaba el noventa por ciento de mi tiempo.
—Emma, ya te he cogido la cita. Por favor, no la anules. Será solo un chequeo rutinario.
—Mamá, te he dicho que no sé qué planes tengo para el viernes. Lo tendré en consideración.
—Me dejarás que te vea al menos, ¿no?
—Por supuesto. ¿Almorzamos el viernes juntas?
—Sí. ¿En nuestro restaurante de siempre?
—En nuestro restaurante de siempre.
—Muy bien. Si vas a cancelar la cita, por favor, pídemelo el número de la clínica y avisas con antelación. El ginecólogo es amigo mío desde hace años y no me gustaría que mi hija lo dejara en mala posición.
—Vale mamá. Voy a ver qué está haciendo Eva.
—Vale. Hasta el viernes, cariño
—Hasta el viernes. Un beso. -y cuelgo.

Si el mundo quería hacerme la vida difícil hoy, lo está consiguiendo. A veces creo que Eva podría desempeñar el papel de hija de mi madre mejor que yo. Tienen el mismo carácter, personalidad, modo de pensar y actuar: inquietas, traviesas, cotillas, entrometidas, coquetas, controladoras, perfeccionistas, nerviosas. Yo, por el contrario, soy más tranquila, pasota y desorganizada, al menos respecto a mi vida personal. En el trabajo, destaco por mi eficiencia. Sin duda, si mi madre y yo no nos pareciesemos en el físico, la gente apostaría por Eva como su hija legítima.

Cuando salgo al salón, Eva se está comiendo un sandwich mientras mira atenta la televisión.

—El tuyo te lo he dejado en la encimera de la cocina.

Arqueo las cejas en señal de sorpresa. ¡Me ha hecho caso! Quizás se

sienta culpable por la trastada de Tinder y me lo quiera recompensar.

—Gracias.

Pero en la encimera de la cocina no hay un sándwich apetitoso de embutido y queso, sino un bol lleno de piezas de frutas cortadas: pera, plátano, fresa, frambuesa y coco rallado. Maldigo su existencia por una parte, pero agradezco que me obligue a cumplir el propósito de merienda saludable que tenía prevista para hoy.

Al final sustituimos el programa de baile por una película de amor y obligo a Eva a callarse cuando me saca en dos ocasiones el tema de Tinder.

—A ver, Eva, tengo 32 años y, aunque no lo parezca, no soy una troglodita y sé cómo funciona el mundo del amor. -digo pausando la televisión cuando Eva saca a relucir el tema del día

—Emma, eres guapa, inteligente, una personalidad arrolladora y un tipazo, ¿de qué tienes miedo?

—Por eso mismo. A ver, no me mal interpretes, no soy egocéntrica, pero precisamente porque sé cómo soy prefiero conocer a las personas cara a cara.

—¿Sigues creyendo en los flechazos a primera vista?

—¿Por qué no?

—Bueno entonces habrás borrado la aplicación, ¿no?

—Por supuesto.

Como os dije antes, el destino está llenando de obstáculos mi día y que se iluminara la pantalla de mi teléfono informándome en una notificación que había tenido un *match* con un chico no podía faltar.

Capítulo 3

Capítulo 3

Desde que crecí y adquirí la capacidad de raciocinio, he sido consciente que el destino nunca ha querido que supiera lo que era el verdadero amor. Nunca me he dejado disfrutar de una relación el tiempo suficiente para poder equivocarme, recuperarme de mis errores y corregirlos para un futuro basado en la honestidad y sinceridad.

Por desgracia, que todos los chicos que han pasado por mi vida hayan sido la idea opuesta al príncipe azul no ha ayudado en nada. Antes culpaba a los tíos, por el simple hecho de haber nacido con un par de testículos, de todo el sufrimiento y mal que hacían a las mujeres. Más tarde empecé a culpar a sus padres, por la educación que les habían dado, aunque pronto me di cuenta que hay padres estupendos con hijos gilipollas. Por último, me decanté por culpar a la sociedad, por haber evolucionado tan rápido que la única neurona masculina no tuvo tiempo de absorber dichos cambios de una forma correcta.

Todas esas malas experiencias me llevaron a seguir dos caminos muy distintos que dirigirían mi vida: el Feng Shui y el Tai Chi.

Me dediqué a seguir la guía decorativa del Feng Shui, aunque eso supusiera estar hasta las dos de la madrugada cambiando los muebles de sitio: el sofá junto a una pared con ventana, mezcla de muebles con formas diferentes, quitar las cortinas... Además, iba dos días en semana a un club social en el que se impartían de forma totalmente gratuita clases de Tai Chi, que me enseñó a centrarme en las cosas verdaderamente importantes y a conocerme a mi misma mediante la conexión del espíritu y mi mente.

Nada me sirvió. Llevaba una semana y media practicando este tipo de meditación cuando me despidieron de la empresa en la que había hecho las prácticas universitarias.

Sé lo que estáis pensando: no, no estoy un repaso de mi pasado. Lo que quiero deciros es que en aquel momento, mejor que nunca, comprendí una de las frases que mi madre siempre me ha repetido a lo largo de mi crecimiento: "No fuerces las situaciones. Las cosas que han de venir, vendrán por sí solas". Sin embargo, mi presente es totalmente incoherente porque, a pesar de que aprendí la lección, aquí estoy, forzando una cita con el que chico que me hizo un match en Tinder. No ha sido idea mía, os lo prometo, pero he descubierto que últimamente carezco de fuerza de voluntad.

Eva cogió el móvil de mis piernas en un ágil movimiento y con una sonrisa añadió:

—Así que lo habías borrado, ¿eh?

—Vale lo confieso: he estado cotilleando perfiles. Pero no sé cómo se ha producido el match, le habré dado sin querer a algún perfil.

—Pues querida, le has dado al príncipe azul del siglo XXI

—Pues elimínalo porque no quiero nada con nadie.

—Emma, por favor, mira sus fotografías. ¡Está buenísimo!

—No me imp... -mis labios se sellaron en el preciso momento en el que Eva giró el móvil y me enseñó aquel monumento.

Era un chico rubio, grandes ojos marrones, facciones definidas y con barba, como a mí me gusta. No tenía fotos en el que se viera el cuerpo entero, pero lo poco que dejaba entrever era que estaba fuerte. Tenía una descripción escueta e interesante: era licenciado en empresariales, le gustaba el rock y estaba opositando para ser policía nacional, a pesar de que decía que el patriotismo no era lo suyo.

—No digas nada. -me prohíbe Eva. -Antes de sacar conclusiones precipitadas habla con él por el chat y decides después.

—Eva, no es por el chico, es que no me siento cómoda ligando de esa forma.

—¿Por qué?

—Porque no sé quién está al otro lado del teléfono. Quizás tenga un hermano que hable por él y me cautive y me enamore y cuando lo conozca en persona sea un total desacierto.

—Más a mi favor, Emma. Habla con él un poco y pídele una cita para comprobar si es amor a primera vista.

—Tiene que haber feeling. -le corrijo

—Eres muy novelera, querida. Y el siglo XXI precisamente no es para personas exigentes.

—Excepto para mí. Los personajes literarios dejan el listón muy alto.

—Los personajes literarios son solo, como has dicho, literarios. No existen Emma. Por favor, ¿te estás escuchando? -cambia de posición,

levantándose del sofá. -Eres exasperante. Parece que la adulta soy yo. - levanta las manos. -Voy a ducharme. -y desaparece

Nunca he sido una persona indecisa. Siempre he sabido qué querido, cuándo, cómo y con quién, pero este tema me tiene dudando de mí misma desde que apareció aquel chico en la cafetería. Me he acostumbrado a vivir sola, a no tener que darle explicaciones a nadie, a refugiarme en la comodidad que proporcionan las braguitas de algodón y hasta a darme placer con la ayuda de mi imaginación y algún aparatito sexual. No obstante, no puedo negar que también echo de menos que una persona me cuide, se preocupe por mí, me bese, me acaricie, me mime y me quiera.

¿No pierdo nada por intentarlo, verdad? Quién sabe, quizás encuentre al amor de mi vida en esta aplicación...

Sentada en el asiento de mi coche debato mentalmente las ventajas y consecuencias de entrar en ese restaurante y adentrarme en la aventura que mi hermana comenzó. Me miro en el espejo y compruebo que el maquillaje y los rizos de tenacillas no se han movido de su sitio en el trayecto. Estoy perfecta. Ahora podría hacerme pasar por la gemela de Mila Kunis. Pongo la mano en el manillar y salgo, pensando que aunque la cena sea un total fracaso, estoy mona.

Entro en el restaurante y, cuando una camarera me ve mirando de un lado para otro con los ojos desorbitados, se acerca y me pregunta.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Eh... Sí, estoy buscando a un chico. -le digo sin apartar la vista de los comensales. -Ya lo he encontrado, gracias.

Marco levanta el brazo, saludándome con la mano. La camarera observa la situación.

—¿Le llevo algo a la mesa?

—Una copa de vino blanco, por favor. Afrutado si puede ser.

—Por supuesto

Sonríó y me acerco hasta una de las mesas del fondo. Marco se ha levantado de la silla para recibirme y a primera vista solo os puedo decir una cosa: las fotos no hacen justicia a su musculado cuerpo. ¡Parece photoshop!

—Emma, ¿verdad?

—Sí. -asiento. -Encantada de conocerte. -le propino dos besos en el momento en el que posa su mano en mi espalda y me acerca a sus mejillas

—La blusa gris no ha fallado. -sonríe.

—Ni tu pañuelo blanco en el bolsillo de la americana. -digo tomando asiento.

Tenía claro que no iba a vestirme de gala para conocer a Marcos, pero quería causar una buena impresión mostrando mi sensualidad con cautela, así que le dije que llevaría una blusa lencera grisácea que he acompañado con unos pantalones negros ajustados de ASOS, una americana negra y unos tacones con un estampado de cebra un poco arriesgados.

—He de confesar que eres mucho más guapa en persona. -me halaga

—Gracias. Tus fotos tampoco son fieles a tu verdadero físico.

—¿No? ¿Por qué?

—Bueno... Estás más... musculado, diría yo. -Marcos ríe.

—Puede ser. Esas fotos son de hace un par de meses. Por cierto, ¿qué quieres tomar? Yo me he adelantado porque tenía mucha sed. -me muestra su copa de vino

—No te preocupes, ya he pedido una copa de vino. No he venido nunca a este restaurante, así que deberás hacerme una recomendación gastronómica.

—Primero tengo que saber qué comes.

—De todo. -le aclaro

—No me malinterpretes, pero al verte delgada he pensado que seguías una de esas dietas tan estrictas que hacéis las mujeres

—No, no. Yo como de todo.

—Entonces el gazpacho y calamares en su tinta

—Gazpacho, sí, me apetece. Hace mucho tiempo que no lo tomo. Pero ¿algo con lo que sustituir a los calamares? No quiero salir del restaurante

con la sonrisa negra.

—Pues acompáñalo con la receta de pollo al chilindrón.

—Muy bien. -me callo. La camarera de antes trae mi copa de vino. -
Gracias

- Nada. -contesta. -¿Sabéis que queréis para comer?

- Salmorejo y media ración de pollo al chilindrón. -le pido.

- ¿Y usted? -pregunta a Marcos

- Pulpo a feira.

- Muy bien. En veinte minutos tendrán sus platos.

- Gracias. -le digo antes de que se vaya.

Doy un sorbo a mi copa, cruzo las manos encima de la mesa y sonrío.

—Bueno, cuéntame algo sobre ti. ¿Cómo has pasado de querer
administrar una empresa a querer formar parte de la policía nacional?

—¿La verdad? Es lo que siempre me ha gustado. Hice la carrera de
empresariales porque le hacía ilusión a mi padre, pero en cuanto acabé la
carrera, reuní el valor suficiente para decirle que quería ser policía. Mi
padre no podría reprocharme nada en cara porque ya tenía el título.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Mal, obviamente. Pero le prometí que si no lo conseguía, trabajaría en
su empresa.

—Ya entiendo el empeño. Quería que su hijo dirigiera su empresa cuando
él se jubilara.

—Sí, aunque la empresa de mi padre está acabada. -me confesó

—¿Por qué?

—Es de limpieza y se niega a modificar los términos contratados para
adaptarlos a cada empresa. Así que ha perdido no sólo antiguas
empresas, sino futuras.

—¿Y por qué no le ayudas?

—Lo he intentado, pero es muy cabezota y no transige.

—¿Y vas a permitir que caiga en quiebra?

—No tengo otro remedio. No me deja intervenir.

—Podrías hacer clandestinamente un informe sobre la empresa, mostrándole en gráficos todas las pérdidas que le está ocasionando su actitud. Quizás al ver los números en negativo decida actuar.

—Sí, sin duda tendré que hacer algo así. Y en cuanto a lo de policía - continúa. -He pasado las dos primeras fases de las oposiciones.

—¿Cuáles son?

—Aptitud física y de conocimientos.

—¿Son tan duras como dicen?

—No. Son peor. Yo, si no me hubiera preparado a morir, no lo hubiera conseguido. Son agotadoras.

—Entonces, ahora tienes que pasar el psicotécnico y las pruebas médicas, ¿no?

—Sí, y la entrevista personal. Si soy "apto", ya habré pasado las oposiciones y podré dar el curso formativo y las prácticas.

—Estoy segura que lo conseguirás. No llevamos mucho tiempo hablando, pero me has dejado claro que eres una persona perseverante.

—Gracias, Emma. -bebe de nuevo de su copa. Yo le imito. -Tu trabajas en una editorial, ¿no?

—Sí. Además de leer manuscritos, soy miembro activo del departamento de marketing y publicidad haciendo propuestas sobre cómo promocionar las historias.

—O sea que tienes bastante creatividad y originalidad.

—Y criterio. -añado, moviendo las cejas arriba y abajo.

La camarera nos sirve los platos en intervalos de cinco minutos que interrumpen mi intento de monólogo personal. Primero es el gazpacho, después una botella de vino para poder servirnos a gusto seguido del pulpo a feira y el pollo al chilindrón.

Me arrepiento de no haber quedado con Marcos el viernes. Me arrepiento de haber pedido el día libre en el trabajo para ir a la cita del ginecólogo que me pidió mi madre. Maldita sea. La noche iba a ser muy larga e interesante y yo iba a tener que huir como la Cenicienta.

Capítulo 4

Capítulo 4

No consigo llegar a la puerta de mi casa con los tacones puestos. Me duelen demasiado los pies. Así que me los quito en cuanto entro en el ascensor y pulso la quinta planta. Ando de puntillas y a hurtadillas como si mis vecinos fueran mis padres, como si tuviera algo que ocultar. Sin embargo, parece que la figura de mi madre se ha personificado en mi querida hermana.

—Te lo has tirado. -no me ha dado tiempo a acabar de cerrar la puerta cuando empieza el interrogatorio

—¿Te has quedado en mi casa para controlarme?

—Puede... -dice con una sonrisa pillina.

—Voy a tener que quitarte las llaves. -dejo los zapatos en el suelo y me dirijo directamente a la cocina para tomarme una gran pastilla que me cure este dolor de cabeza

—Quiero muchos detalles. -mi hermana clava las rodillas en el sofá y se apoya en el respaldo mientras observa mis movimientos. Maldito concierto abierto. -¿Estás borracha?

—No, no estoy borracha. Creo -confieso cuando saco la pastilla de su envoltorio y la hago pasar a través de mi garganta con la ayuda de medio vaso de agua.

—¿Qué habéis estado haciendo hasta ahora? ¿Te ha llevado a su casa? ¿Te lo has tirado allí?

—Estás obsesionada. -meto el vaso en el lavavajillas y me voy a mi habitación a desvestirme mientras ignoro las constantes preguntas de mi hermana.

—Lencería. Ibas preparada. -me sigue a la habitación. No me va a dejar en paz. -¿De dónde es? -se acerca a mi culo y mira la etiqueta. -Victoria's Secret. Sorprendente. -se recuesta en el lado izquierdo de la cama.

—Marcos era espectacular. Era guapísimo y estaba buenísimo. Además, es inteligente, culto y compartimos muchos hobbies y modos de ver la vida.

—¿Y te lo has tirado?

—En el restaurante no me quitaba ojo de encima. Estaba pendiente de mí en todo momento y no cogió el teléfono móvil en ningún instante. - abrocho los botones de la parte superior del pijama. -Se interesaba por aspectos de mi vida y quería saber más.

—Hasta el color de tus bragas.

Pongo los ojos en blanco mirando a Eva y entro en el baño. No tengo ganas ni fuerzas de lavarme los dientes, así que doy un sorbo a mi enjuague bucal mentolado y me meto en la cama junto a Eva. ¿Qué hora es? Las ocho de la mañana. Genial.

—¿Se puede saber qué haces despierta a las ocho de la mañana Eva?

—Me he puesto la alarma para estudiar.

—Genial. -apago la luz y cierro los ojos. Eva la vuelve a encender.

—Sigue contando.

—Pesada.

—Tras bebernos una botella y media de vino blanco en el restaurante decidimos ir a una discoteca.

—Lugar obvio para el magreo.

—Quieres dejar de interrumpirme, por favor. Tengo sueño.

—Fuimos a la discoteca donde bebimos y bailamos. Pero como no estoy acostumbrada a beber, todo me subió muy pronto a la cabeza y me mareé y quería vomitar, así que salimos a la calle. Me dio el aire fresco y me recompuse, pero temía que si volvía a entrar en aquel edificio fuera a morirme, por lo que Marcos propuso que fuéramos a su casa.

—Y te lo tiraste.

—No llegamos a su casa.

—¿Te lo tiraste en el coche?!

—Te juro que te voy a dar una hostia. ¡Cállate! -me dolía la cabeza y su voz me estaba irritando

—Perdón, perdón.

—Había un control policial y no podíamos coger el coche porque los dos íbamos bastante bebidos y la casa de Marcos está en el otro extremo de la

ciudad, así que nos metimos en su coche, con la calefacción y la música de fondo, con los asientos inclinados hacia atrás y me quedé dormida. Bueno, y Marcos.

—Vaya par. ¿Qué tío se queda dormido con una tía como tú a su lado?

—¿Qué tía se queda dormida con un tío como Marcos al lado? -le contesto a Eva en defensa. -Estábamos demasiado bebidos como para pensar en el sexo. Ya te lo he contado todo. Me voy a dormir. -estiro el brazo y apago la luz.

—Tu madre ha llamado para recordarte que tienes ginecólogo a las 11 de la mañana. -se arropa y me da la espalda. -Yo voy a dormir un rato más. No puedo concentrarme a estas horas para estudiar.

—¡Genial! -vuelvo a estirar el brazo, pero esta vez para ponerme la alarma dentro de una hora.

La alarma suena a las nueve, pero yo la paro. Mi cuerpo reacciona una hora después porque mi conciencia, testigo principal de mis planes del día, no me deja tranquila. Cuando veo que son las diez y cinco minutos, salto directamente a mi ducha, donde me transformo en un puro mapache tras haberme saltado el paso de desmaquillarme antes de dormir. No duro más de quince minutos en la ducha. Me envuelvo en la toalla y me limpio la cara con detenimiento: agua micelar, tónico, contorno de ojos y crema hidratante. Me seco el cuerpo y me visto con unas medias negras y un vestido grisáceo. Quizás no es el atuendo más cómodo para acudir a una clínica, pero el restaurante preferido de mi madre es un poco... cómo lo diría... pijo y necesito ir sobresaliente. Así pues, me lo pongo y corro a secarme el pelo y maquillarme.

No sé cómo lo he hecho, pero he conseguido llegar a la consulta del ginecólogo Cid diez minutos antes de lo previsto. Conociendo a mi madre, me temo que no va a haber cabida para que sea una chica, sino todo lo contrario, va a ser un hombre, mayor y atractivo.

Nuevos pacientes entran en la sala de espera y yo, como cualquier joven del siglo XXI saco mi móvil para mirar mis redes sociales que, por cierto, siempre están llenas de nuevas novedades, un tanto inútiles, pero no dejan de ser novedades. Entro en WhatsApp con esperanzas de encontrarme algún mensaje de Marcos. No hay nada excepto notificaciones de los grupos con mis amigas, del trabajo, de mi madre y de la pesada de mi hermana. Lo bloqueo. Mierda. Tengo un dolor de cabeza impresionante y esta tarde tengo que recuperar el tiempo perdido.

—Señorita Sainz, la está esperando el doctor Cid. -la recepcionista se

acerca a mí tras haber escuchado la orden por el interfono

—Gracias

Sonríó y me levanto para seguirla por un largo pasillo que lleva hasta la consulta. Pongo el móvil en silencio mientras imito sus pasos y lo guardo en el bolso.

—Pase –me indica abriendo una gran puerta blanca que parece sacada de una película de miedo. No porque sea blanca, sino porque hace un sonido un tanto peculiar.

Cuando pongo un pie dentro, tengo que agarrarme en el marco de la puerta para no caerme de culo. Espero que sea un espejismo lo que estoy viendo: un hombre con el pelo castaño está encorvado en su mesa, escribiendo algún tipo de información en un informe médico. Tiene la barba de hace tres o cuatro días y la boca entreabierta, perfilando sus carnosos labios.

Yo diría que es...

Camino unos pasos hacia el lado para poder ver un poco su cara antes de que se gire completamente hacia mí.

—Mierda. -me quejo

Es ÉL. Es el chico que me preguntó en la cafetería si era la persona que describía el perfil de Tinder que tenía en la mano. Es el doppelgänger de Theo James. Miro hacia el techo del despacho simulando el cielo y le pido a Dios que me perdone por todos los pecados que he cometido en estos 30 años de vida, porque desde luego, me los está cobrando todos juntos.

Pero el regalo del cielo levanta la cabeza y se cruza con mi mirada incrédula y mi expresión de terror. Sonríe. Claro que se acuerda de mí. ¡Si me reconoció a la primera en Tinder! ¡Si hasta me pidió que me hiciera un perfil real!

—Buenos días. -me dice recobrando la compostura

—Mierda. Mierda. Mierda. –es lo único que logro decir. No me salen otras palabras.

—¿Le ocurre algo? –se levanta del asiento y comienza a caminar hacia mí

—Eh... Sí. Creo que me he equivocado de consulta –miro dentro del bolso esperando que esté mi móvil con la pantalla encendida y salga de ella un cartel luminoso que diga que mi consulta está quinientas calles más lejos

de esta.

—No. No se ha equivocado. Aquí sale su nombre –dice mostrando un iPad en el que sale la lista de pacientes. O sea, se sabe mi nombre. Sabe quién soy. Me ha reconocido.

—Sí, verá... Yo venía a ver al doctor Cid.

—Yo soy su hijo. Mi padre ha tenido que irse a resolver unos problemas. Yo le estoy sustituyendo durante un par de días.

—Está bien. Volveré mañana o la semana que viene cuando él esté.

Mañana, la semana que viene o nunca, mejor dicho. Ni en sueños voy a dejar yo que este personaje revise mi mayor intimidad. Maldigo la hora en la que decidí hacerle caso a mi madre.

—Lamento decirle que mi padre no volverá hasta dentro de un mes puesto que está en Suiza.

¿En Suiza? ¿Pero qué clase de problemas tiene ese hombre? ¿Dinero en un paraíso fiscal?

Antes de que pueda articular una nueva palabra que ni siquiera tengo en mente porque me he quedado muda, él se adelanta para añadir:

—Emma sé lo que piensas. Yo también lo he pensado cuando te he visto delante de mí y he comprobado mentalmente tu nombre en la lista. Solo hemos cruzado un par de palabras en la calle y, aunque yo te haya intimidado en la calle con aquel ya sabes, problemilla de Tinder, no tienes nada de lo que avergonzarte. Recuerda que antes de nada soy médico y como médico, un profesional. No voy a ir publicando por ahí una foto de tu órgano sexual ni nada parecido.

Tiene razón y lo sé. Y no es eso lo que me preocupa, sino que me temo que esta no va a ser ni la primera ni la última vez que nos veamos y más siendo testigo de que su consulta está a menos de quince minutos de mi casa. Me da miedo de que cada vez que me vea y me mire a la cara, vaya a ver una imagen de mi feminidad reflejada. Va a hablar con mi vagina y no conmigo. Por Dios, que es lo más feo que nos ha dado la genética a las mujeres. ¿Puede haber algo más feo que una vagina? No. No hace falta que me conteste ningún personaje de otro planeta. Ya lo afirmo yo por ellos.

Me da igual que sea un doctor, y me da igual que sea un profesional, no voy a dejar que revise mi intimidad, no sabiendo que puede que lo

encuentre al día siguiente.

—Lo siento. Seguro que eres un profesional y no lo pongo en duda, pero no puedo dejar que me... Ya sabes. Que me mires. Volveré el mes que viene. Gracias y perdón por hacerte perder tu tiempo —llevo mi bolso hasta el hombro e intento dedicarle una sonrisa antes de girarme para pasar por la puerta del miedo.

—Emma —me coge del hombro y me detiene antes de que pueda dar un paso —Ven. Vamos a hacer una cosa. Te voy a quitar este bolso —dice deslizándolo su mano por mi hombro y, con ella, mi bolso —Y ahora te vas a desnudar de la cintura para abajo justo allí, detrás de aquella cortina —dice señalándola con la mirada. Yo como tonta, sigo con la mirada sus gestos faciales —Vas a volver con la bata puesta y te voy a examinar en un minuto. No me va a dar tiempo a ver nada que no tenga que ver en una revisión. ¿De acuerdo?

Me quedo alucinada con sus palabras y con mi forma de actuar. Su voz y sus palabras me tranquilizan como si fuera un consejo de un amigo de toda la vida. Obedezco.

Me coge de los hombros y me gira para indicarme que vaya a cambiarme. Tomando aire y echándolo a mis pulmones como una fumadora nata, me quito las medias y las bragas para después ponerme la bata e ir hacia la camilla. Sí, esa maldita camilla que salen en las telenovelas o en las series de hospitales que tiene dos barras laterales para colocar cada pierna en su lugar, dejando tu intimidad libre, haciéndote sentir vulnerable ante el mundo.

—Bien. Ahora relájate, ¿de acuerdo? Piensa que lo que voy a hacer ahora mismo no es nada del otro mundo, que estamos en el siglo XXI y las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres

Cid Junior desaparece bajo la tela que cubre mi cuerpo de la cintura hacia abajo y emite algunos sonidos no reconocidos por la RAE que lo llevan a moverse y coger varios objetos que no tienen pinta de ser nada, pero nada, cálidos.

—¿Has mantenido alguna vez relaciones sexuales?

Abro los ojos como platos y le contesto tras recordar que es una pregunta de seguridad para saber qué instrumentos usar a la hora del reconocimiento. No es ningún perverso que tenga ganas de saber cómo es mi vida sexual. Perverso debió de ser él en la universidad, rodeado del 95% de tías en clase, quitándole el papel protagonista a Rob Schneider.

—Sí –admito en un tono de obviedad.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has mantenido relaciones? –vuelve a desaparecer bajo la sábana verdosa e introduce un instrumento frío, muy frío, dentro de mi vagina

Creo que es mejor que pase de ciertos detalles de mi reconocimiento médico. Así que miro hacia el techo para averiguar cuándo fue la última vez que esta familia pintó las paredes.

—Yo... No lo recuerdo –digo en una leve vocecilla mientras miro hacia el techo.

—¿Practicabas sexo duro? ¿Alguna vez te ha dolido mientras practicabas sexo?

—No y no.

—¿Alguna vez te ha dolido después del sexo?

—No.

—¿Alguna molestia en general?

—No.

—¿Lubricas bien?

—Ajá –respondí mientras intentaba contener mis movimientos pélvicos.

Ese tipo de preguntas a la vez que me estaba tocando mi sexo, el interior de mi sexo, mejor dicho, no eran nada relajantes. Todo lo contrario: me estaba estimulando, y puedo admitir que me estaba poniendo un poquito a "tono".

—¿Usas preservativo, tomas la píldora o nada?

—Preservativo. Mi periodo es puntual cada mes.

—Muy bien –dice con una sonrisa asomando la cabeza tras la sábana
—¿Cómo es tu período?

—¿Cómo?

—Tu período, ¿echas mucha sangre? ¿te dura muchos días? ¿de qué color es la sangre: oscura, clara, tono intermedio? ¿sientes molestias durante

su duración?

—No. Me dura una media de cuatro días. Los primeros días echo más cantidad y los últimos menos. El color es intermedio, creo. No me suelo fijar mucho.

—¿Te controlas el período?

—Sí. Cada mes apunto el día que empieza y acaba.

—Muy bien. ¿Lo apuntas en el móvil?

—Sí.

—Déjame ver cuando acabes de vestirte, ¿de acuerdo?

—Claro.

—¿Tienes alguna molestia fuera del ciclo menstrual?

—No.

—Bien. Todo está perfecto. Puedes vestirte –se levanta, y me tapa el sexo antes de quitarse los guantes de látex.

Sin mediar ninguna palabra más, me levanté y me vestí lo más rápido que pude. Necesitaba salir de aquella consulta cuanto antes. ¡Me faltaba el aire!

—Toma. -le digo dejándole el móvil con la aplicación que controla mi periodo.

Frunce el ceño mientras revisa los ciclos menstruales y las molestias que apunto, como por ejemplo, dolor en la espalda, dolor en el pecho, cantidad de flujo, etc.

—Todo está bien. Realmente tu período llega con regularidad. Quedan pocas mujeres así.

—Gracias, supongo. -susurro

—Guardaré tu expediente en la lista de prioridad para que mi padre lo revise cuando llegue de su viaje. Lo hacemos siempre con los nuevos clientes.

—Muy bien.

iSuperman!: sálvame de esta situación tan incómoda. Me cuelgo el bolso y me inspecciono el look antes de salir de allí tras despedirme con una sonrisa forzada y un gracias.

Salgo y le pago a la recepcionista la consulta. Mamá, no volveré a hacerte caso jamás.

Capítulo 5

Capítulo 5

Faltaba más de una hora y media para ir al restaurante y almorzar con mi madre, así que aprovechando mi descontrol mental por la situación vivida, me fui de compras. De verdad, me gustaría que alguien me mirara y me quisiera de la forma en la que yo miraba las prendas de ropa. Pasé la mano por los percheros con melancolía y tristeza, luchando entre mi mente que decía 'sí, cómpralo' y mi cuenta bancaria que gritaba que era más importante pagar las facturas. Maldita independencia.

Al final no pude resistirme y acabé comprándome un vestido rosa palo en Mango, con un escote de pico, mangas largas acampanadas, un detalle fruncido en la parte frontal y un estampado floral discreto que me recordaba a los kimonos japoneses. Además, como fiel amante de la lectura, me pasé por la Casa del Libro para añadir a mi colección la nueva obra de Stephanie Meyer.

Me dio tiempo pasar por casa y dejar las bolsas antes de dirigirme a la cita que tenía con mi madre. ¡Como para olvidarla! Me había enviado cinco mensajes recordatorios desde la tarde del jueves y otros tres más a Eva, para que me dijera en persona que no podía faltar a esa reunión familiar. Me retoqué la línea del ojo antes de salir de casa y volví a perfumarme, por si se había desvanecido el olor de Nina de mi ropa. Si algo admiraba era la capacidad que tenían algunas personas de conseguir que su olor característico les durara todo el día.

Mi madre estaba esperándome en la puerta del restaurante mientras se fumaba un cigarrillo mentolado. Su maquillaje, su ropa, su sonrisa: impecables.

—Pensaba que habías dejado de fumar. -le confesé, abrazándola y sonriendo al mismo tiempo

—¡Cariñooooo! -me rodeó con la mano con la que sostenía el cigarro, pegándome a ella y haciendo que mis fosas nasales absorbieran las sustancias tóxicas que estos desprendían.

—Déjame que te vea. -no me soltaba la mano. Me giré sobre mí misma, permitiéndole ver todas las partes de mi cuerpo. -Estás estupenda. Mucho más delgada. Mucho más guapa. No recordaba que tenías lo ojos exactamente como tu padre.

—Mamá, hace tres meses que no me ves. No he cambiado desde

entonces.

—Sí, sí que has cambiado. Estás... mayor.

—¡Por favor! No me digas que tengo cara de vieja porque bastante me has humillado hoy.

—¿Humillado?

—Vamos. Apaga esto. -dije quitándole el cigarro de las manos y tirándolo al suelo, para acto seguido, pisarlo. -Te cuento mientras comemos.

El restaurante preferido de mi madre estaba en el punto medio entre ser asequible para la clase media y los ricos. Era un lugar espectacular tanto visual como gastronómicamente. Estaba situado en la periferia de Barcelona y su fachada ocupada con cristales de más de siete metros de altura las tres plantas de una vieja fábrica textil. Su decoración era una mezcla de minimalismo y el estilo nórdico-natural, puesto que los muebles era sencillos, directos, efectivos, funcionales, artísticos; la paleta de colores entre los que se movían pasaba de la madera natural, como el suelo o algunos muebles, al cobre, negro, gris metalizado y blanco, mucho blanco. Además, la sensación de claridad y de concepto abierto te creaba comodidad y hacía que empatizaras más con el edificio y sus creaciones.

Otro detalle que me parecía muy original y acertado era la ubicación de parte de la cocina en el salón principal, donde los comensales podían ver cómo los chefs y ayudantes de cocina elaboraban los mejores postres.

Nos sentamos en cuanto el maître nos llevó hasta nuestra mesa. Tomó nota de nuestras bebidas y se marchó.

—¿Me vas a decir la forma en la que te he humillado?

—He ido esta mañana a la consulta de tu amigo Cid.

—¿Sí? ¿Cómo te ha ido?

—Mal. Ahí está el motivo de la humillación mamá. No estaba tu amigo porque está en Suiza arreglando algún asunto personal, por lo que me ha atendido su hijo, que resulta ser un conocido.

—¿Y? -preguntó mi madre dándole un sorbo a su copa de vino blanco.

—¿Cómo qué 'y'? Mamá, un conocido ha tenido que inspeccionarme mi... Me ha revisado. No sé por qué te hago caso, la verdad.

—¿Y qué más da que sea un conocido? Mayor confianza.

—No, mamá. Para ti es normal porque eres médico, pero no para mí. Ha sido vergonzoso e incómodo.

—Perdón, Emma. No era mi intención. Cuando reservé la cita no me dijeron nada y pensaba que te iba a ver mi amigo.

—Lo sé. Pero la próxima vez, por favor, no hagas planes por mí. Yo sé muy bien que tengo o no que hacer.

—Hablando de planes... ¿Has trabajado mucho esta semana? Tienes las ojeras marcadas.

—No. He trabajado dentro de mi jornada laboral, pero ayer... -me dispuse a contarle a mi madre que había tenido una cita, pero estaba cien por cien segura que me haría un cuestionario con cada letra del abecedario, así que deseché la idea. -me quedé hasta tarde viendo una película con Eva.

—Ponte pepino.

—Sí. Lo haré. ¿Y a ti qué tal te va todo? ¿Tienes nuevo novio?

—De eso te quería hablar. Gonzalo quiere conocerte.

—¿Sigues con Gonzalo?

—Emma, me hablas como si cambiara de novio cada tres meses.

—Mamá -agarró la copa con fuerza -,seamos sinceras: Gonzalo ha sido la relación más estable que has tenido en años. -le di un sorbo

—Si es que me ha costado encontrar a un hombre decente que no me mire como a una cincuentona vieja y patética

—Eres muy exigente.

—Más o menos como mi hija. -me guiñó un ojo cómplice. Ahí debía de darle la razón.

—Touché.

—Entonces, ¿lo conocerás?

—Claro. ¿Cuándo? ¿Vendrás con él a Barcelona?

—Si podemos escaparnos sí, aunque lo más probable es que lo conozcas

cuando vengas a mi casa de vacaciones.

—No podré ir hasta Pascua.

—No importa. No tenemos prisa.

—Señoritas... Aquí tienen sus platos. -el camarero nos interrumpió. Puso encima de la mesa la ensalada de arroz con zanahoria, espinacas, aguacate, tomate, cebolla roja, vinagre, aceite de oliva y sal en el centro de la mesa y como plato individual, la hamburguesa de quínoa para mí y moussaka griega para mi madre. Se marchó.

—Disculpa un segundo. -me agaché y cogí el móvil del bolso.

—Deja el móvil Emma. -me ordenó mi madre. -Ya sabes que lo detesto cuando estamos en la mesa.

No hablé. Miré la notificación emergente de mi hermana y volví a bloquearlo sin darle mayor importancia. Sin embargo, no pude evitar tener un cruce de miradas con Cid junior, Héctor para los amigos, que había entrado en el restaurante con un amigo y caminaba en mi dirección. Yo me incorporé rápidamente y giré la cabeza, centrándome en mi madre.

—Esto está buenísimo. -el apetito de mi madre salió a la luz y dio unas pinchadas a la ensalada antes de que yo hubiera tenido la oportunidad de coger el tenedor.

—¡Qué aproveche! -dijo Héctor cuando se paró en mi mesa con ojos expectantes

—¡Vaya, Héctor, qué sorpresa! -exclamó mi madre. Ben(mal)dita casualidad. -¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y usted?

Mi madre se levantó y le dio dos besos.

—Muy bien. Estás guapísimo. ¡Cómo has crecido! A pesar de que hace años que no te veo, no has perdido el parecido que compartes con tu padre.

—Definitivamente somos dos gotas de agua. Usted también está genial, parece que los años no han pasado.

—Más quisiera, hijo. -dijo apoyando su mano en el hombro de Héctor.

Yo me mantuve en silencio, observando la situación desde la lejanía que me confería su conversación, intentando pasar desapercibida.

—¿Conoces a mi hija? -me torturó mi madre

—Sí, la he conocido esta mañana.

—Hola. -dije en respuesta, manteniéndome sentada en la misma posición

—Por cierto, Emma, pásate por la consulta a recoger el dinero de la visita. Mi recepcionista se ha confundido y te ha cobrado creyéndose que habías ido más veces. Las primeras consultas son gratis.

—¡Oh! Gracias. Me pasaré en cuanto pueda. -por supuesto que iba a recuperar mi dinero, pero dentro de un mes, cuando su padre ya hubiera vuelto.

—Le dije que te llamara. Debe de habersele pasado.

—Sí, probablemente.

—¿Y tus padres cómo están? -insistió mi madre

—Bien. Están de viaje de hecho. Todos estamos bien. ¿Usted sigue en la privada de Lérida?

—Sí. Me han ascendido y no puedo estar más a gusto.

—Me alegro. Bueno, me ha encantado verlas de nuevo. Tengo que irme.

—Igualmente, Héctor.

—Hasta luego. -sonrió a mi madre. Me sonrió.

Cuando se marchó sentí como el oxígeno volvía a recorrer todo mi cuerpo. Estaba paralizada por la adrenalina que me producía tenerle cerca. Un poco atemorizada quizá, aunque si soy sincera, ni siquiera sabía a qué se debía ese miedo infundado sin justificación.

Mi madre continuó charlando, contándome la historia a través de la cual conoció a la familia Cid. Yo no le hice caso. La miré y asentí, pero mi mente volaba hacia la mesa en la que se había sentado Héctor. Estaba en la línea de mesas contigua a la mía, en la esquina, junto a los ventanales, dándome la cara. Intenté averiguar cuál era su próximo movimiento hasta que me di cuenta que me estaba montando una trama digna de una película americana para adolescentes, y cerré los ojos, me centré y atendí a mi madre. Veinte minutos después habían desaparecido el plato central y casi nuestros platos individuales. Rellenamos las copas de vino y mis

oídos no descansaron del monólogo de mi madre. Yo intervine cuando me lo permitió, aportando datos que contrastaban la información que estaba dando o simplemente, añadiendo nuevos hechos.

En uno de mis períodos de silencio, miré de soslayo y me sorprendí al ver que Héctor tenía la mirada fijada en mí, sin disimular ni un ápice. Yo me moví en la silla y él volvió a centrar toda la atención en la conversación de su amigo.

- Mamá, son casi las tres de la tarde. ¿Tú ya has ido a ver al abuela? - pregunté cuando habíamos acabado nuestros platos

—Sí. He ido antes de venir aquí. He cambiado mis propios planes. ¿Por qué?

—Porque tengo que irme a casa a trabajar. Me he pedido el día libre esta mañana, pero necesito tener listos un par de manuscritos antes del lunes. ¿Quieres venirte?

—No. Yo aprovecho que tienes que irte a trabajar para volver a casa antes de que oscurezca.

—¿Sigue dándote miedo conducir de noche?

—Un poco. -sonrió

Diez minutos más tarde nos levantamos de la mesa tras haber pagado la cuenta. Mi madre se colocó la chaqueta y el bolso y saludó por última vez a Héctor haciéndole un gesto con la mano. Yo, por mi parte, anduve hacia el exterior. Una vez en la puerta, me despedí de mi madre y me fui a casa con la intención de trabajar. Sin embargo, esa idea quedó suspendida en el aire como lo que era, una simple intención. En su lugar, me puse el pijama y me metí en la cama. Me moría de sueño y temí que iba a necesitar todo el fin de semana para recuperarme completamente.

A las siete y media de la tarde me desperté. Había vuelto el dolor de cabeza y aunque me apetecía quedarme en la cama y empalmar hasta el día siguiente durmiendo, me obligué a levantarme y a tomarme una taza de café. Encendí la televisión para no sentirme sola mientras preparaba el café y cuando volví al sofá, vi parpadeando la luz del móvil intensamente. Dejé la taza encima de la pequeña mesa que había frente a mí y desbloqueé el móvil. Tenía notificaciones de todas las redes sociales: Twitter, Instagram, Facebook, WhatsApp y ¡hasta el e-mail!

Eliminé las de Twitter y Facebook y me centré en WhatsApp. ¡Marcos me había hablado! Me puse nerviosa. Me recompuse en el sofá y entré en la

conversación.

Acabo de venir del gimnasio. Ni te imaginas cómo me costado quemar todo el alcohol ingerido. ¿Cómo estás?

Dudé si contestar de inmediato o no, pero me di cuenta de que el mensaje fue enviado a las cuatro y media de la tarde, cuando mi mente se debatía entre alcanzar el séptimo u octavo cielo.

Acabo de revivir de la siesta. No más alcohol en años.

Salí de la conversación y respondí a mi madre, que me dijo que ya había llegado a Lérida; a Eva, que me contaba que mi padre se había apuntado al gimnasio, y al grupo con mis amigas, que me regañaban por no haber aparecido en la reunión de chicas.

Vaya, pensaba en volver a invitarte hoy. Voy a tener que posponer el plan para otra ocasión.

Nada de fiestas ni alcohol. Invítame a un helado y seré feliz.

¿En invierno?

Los helados están buenos en cualquier época del año.

¿Qué estás haciendo?

Leer un manuscrito. -le mentí

¿Te apetece que nos veamos? Yo llevo el helado

<<Tierra llamando a Emma. ¡Te está pidiendo una invitación para venir a tu casa! ¡Para volver a verte!>> -mi conciencia comenzó a saltar dentro de lo que se hacía llamar mi cabeza

De Stracciatela, por favor.

Hecho ;) En una hora estoy allí.

Genial. Hasta ahora.

Le mandé la ubicación exacta y le añadí el número de bloque, la planta y la puerta de mi piso. Cogí la taza de café y vertí su contenido en el fregadero, para acto seguido meterlo en el lavavajillas. Que Marcos viniera a mi piso me había dado toda la energía que me faltaba.

Apagué la tele y corrí a mi habitación, donde hice la cama y me martiricé

porque no sabía qué ponerme.

—Naturalidad, Emma. -me dije en voz alta

Me decanté por unos vaqueros negros, un suéter blanco oversize y mis Converse blancas. Me hice una coleta alta despeinada y me maquillé con unas pinceladas de rímel y colorete, para intentar despegar mis soñolientos ojos. No quería emperifollarme demasiado porque Marcos iba a notar que me había arreglado por y para él. Cambié las brochas por la mopa y la fregona y le di al salón, a la cocina y al baño. Coloqué los cojines bien e intenté que el resto de la decoración estuviera en orden. Miré el reloj. Faltaban quince minutos. Cogí el ordenador portátil para disimular y abrí uno de los manuscritos que tenía pendientes de leer. Sin embargo, no me concentré en la lectura. Estaba demasiado nerviosa como para comprender lo que estaba leyendo.

El interfono sonó.

—¡Mierda! -dejé el portátil a un lado y corrí a responder

—¿Quién es? -pregunté intentando parecer calmada

—El heladero. -respondió Marcos

—Sube entonces. -le contesté pulsando el botón que desbloqueaba la puerta de abajo.

Estaba a tres minutos de reencontrarme con Marcos.

Capítulo 6

Capítulo 6

Cuando el timbre de la puerta de mi casa sonó, empecé a sentir una presión en la boca del estómago. No era producto de un enamoramiento, yo no soy tan exagerada, pero sí que era una consecuencia del nerviosismo. Marcos me parecía la persona más sensata, atractiva e inteligente que había conocido en mi vida y me atraía, mucho, y eso me ponía nerviosa; no quería cagarla porque quería reforzar la atracción que sentía por mí. ¿Por qué reforzar? Porque no lo vi receptivo. Sentí que no respondía correctamente a mis provocaciones. No me malinterpretéis: no estuve mandándole indirectas cada vez que abría la boca ni le puse una teta encima de la barra de la discoteca para que apagara el fuego que estaba naciendo en el interior de mi sexo. No me seguía la corriente y si hacía alguna insinuación era con timidez.

Cuando lo conocí me sorprendió positivamente. No me considero una persona negativa, pero sé reconocer cuando tengo posibilidades con alguien o teniendo éxito en algo. Con Tinder todos mis radares marcaban números negativos y estaban preparados para tachar uno a uno los posibles candidatos (sapos) que había escrito en un papel. Había escuchado demasiados testimonios desafortunados que dejaban la aplicación en mal lugar y querían estar preparada psicológicamente para poder afrontarlo. La lista, de hecho, fue idea de mi hermana, que me dijo que no tenía que desanimarme si el chico no cumplía mis expectativas. Así pues, seleccionamos los perfiles que nos gustaban con un like y apuntamos sus nombres con una puntuación del 1 al 5, siendo este último un sobresaliente. Ahora agradezco a Eva y me agradezco a mí misma haber sido capaz de arriesgarme por primera vez desde hace años, porque Marcos mereció la pena.

Respiré hondo, me coloqué la ropa en su lugar y abrí la puerta.

— Heladero a domicilio. -dijo con una sonrisa.

— ¿Stracciatella? -pregunté bloqueando la puerta

— De la mejor. -subió la bolsa de plástico blanca en la que se dejaba entrever la tarrina de Häagen-Dazs

— Pasa. -le indiqué haciéndome a un lado

— ¿Cómo estás? -se acercó a mí, dándome un pequeño y rápido abrazo

— Estoy, a secas

— ¿No has podido dormir?

— No mucho. Tenía cita médica esta mañana, al mediodía he almorzado con mi madre y la siesta me ha parecido poco. –le obligué a seguir mis pasos hasta la cocina

— Entonces estarás cansada. Podrías haberme dicho que no. –cogí la tarrina de helado que Marcos me estaba ofreciendo y la metí en el congelador

— No te preocupes. Tengo un finde para reponerme. Además, te tengo a ti como pinche de cocina hoy.

— ¿A mí? Entonces me temo que de una sopa no pasaremos. Soy nulo en la cocina. –se quitó la chaqueta, dejándola en el respaldar de una de las banquetas de la barra americana.

He de decir que en ese momento hasta los astronautas de la Estación Internacional pudieron ver una anomalía en mi cuerpo. Mi sangre comenzó a calentarse y mi mirada se quedó clavada en sus movimientos, visionándolos a cámara lenta. ¡Hasta mi cabeza le puso una banda sonora! Marcos había mudado la piel, había dejado atrás al chico bueno del instituto que se abrigaba con chaquetas sport a un HOMBRE, sí, con mayúsculas, porque así lo gritaban todos los poros de mi piel. Debajo de la sudadera sport llevaba una camisa celeste con unas minúsculas líneas blancas verticales con tres o cuatro botones desabrochados, dejándome contemplar las sombras que marcaban sus pectorales.

¡Que me traigan un cubo de agua para la baba, ya!

— Ya somos dos. –sonreí tragando saliva. –¿Te apetece algo de beber? Tengo de todo, excepto cerveza e hielo, lo que necesito para quitarme este calentón, ¡por dios! -esto último lo dije en un susurro inaudible.

— Agua.

— ¿Vas a beber agua de verdad? Es viernes Marcos

— Mi cuerpo es incapaz de ingerir ni una sola gota de alcohol más después de la noche de ayer. Mi sangre está pidiendo a gritos una transfusión.

— ¿Coca-cola? –sugerí

— Vale.

Cogí los vasos y serví la bebida delante de él.

— ¿Ves? Empatizo con mis invitados. -hice referencia a mi vaso gesticulando con la cara

— Emma, no mientas, no te cabe una gota más de alcohol en el organismo

— Puede ser... -sonreí picara. -Sentémonos.

— ¿Lavanda? -preguntó refiriéndose al olor que llenaba el ambiente del salón

— Sí. ¿Cómo lo sabes? -me siento en el sofá haciendo a un lado el portátil

— Mi hermana es una fanática de los perfumes y ambientadores. -me imita- Tiene una colección. No soporta que la casa no tenga un olor personal.

— ¿Vivís juntos en la casa de vuestros padres?

— No, no. Yo estoy independizado. Ella sí vive allí, está ahora en la universidad. Pero esa costumbre la tiene desde pequeña. Odio que venga a mi piso porque va perfumándolo todo a su paso.

— Te entiendo, a mí me pasa lo mismo, aunque me canso muy pronto de los olores, así que estoy continuamente recopilando fragancias distintas. Por cierto, te enseñaría mi piso, pero no hay mucho más allá. Esto es el salón-comedor-cocina, como puedes ver. Concepto abierto, dijeron. Aunque se les olvidó mencionar que el extractor está roto y se me inunda todo de humo. Por allí está mi dormitorio, el baño y la habitación de emergencia.

— ¿De emergencia?

— Sí. Allí suelo meter los trastos que no quiero y cuando tengo visita, lo coloco todo e intento que parezca una habitación decente.

— Pues me gusta tu piso. Nada de exceso de muebles y los que hay prácticos y cómodos. Y por supuesto, la decoración justa y necesaria.

— Sí. Cuando lo alquilé supe que esta leonera no podía definirla como hogar así que me ahorré las molestias de gastarme un dineral en cosas que al final acabaría dejando aquí

— Entonces vives sola

— La mayoría del tiempo sí, aunque mi hermana viene cuando le place.

— Así que tienes una hermana, ¿eh? Ayer no me contaste mucho de tu familia.

— Bueno... Es largo. ¿Qué te parece si te lo cuento mientras cocinamos?

— ¿Lo de ser el pinche iba en serio?

— Un poco. -le guiñé un ojo -Anda vamos.

Arrastré casi literalmente a Marcos a la cocina, donde le obligué a que se pusiera un delantal que mi padre me trajo de Sevilla: era rojo, con lunares blancos y un par de volantes en la parte inferior. Marcos estaba monísimo. No pudimos evitar estallar en carcajadas con el outfit y para mortalizar el momento, le hice una foto que no tenía desperdicio. Marcos no había bebido y ya había cambiado de actitud. Había bastado un sitio más íntimo y un par de bromas para que se desinhibiera. Quizás era lo que necesitaba para que esta noche acabáramos arrancándonos la ropa. «¡Por dios, Emma!», me reprimí: «¿Cuando has pasado de intentar buscar al amor de tu vida en Tinder a solo pensar en el sexo?». Puso la pierna derecha de lado y los brazos por encima de su cabeza, imitando la gesticulación del baile de sevillanas.

Yo, me coloqué uno más standard cuando me recuperé de las risas: negro con unas letras en blanco que indicaba que la chef era yo.

No me había dado pensar en el menú de la noche, pero tenía claro que por nada del mundo pondría como opción pedir comida china, tailandesa, ni sus derivados. Un poco al azar, saqué varios productos del frigorífico y los dejé encima de la encimera.

— ¿Qué vamos a hacer? -me preguntó.

Yo lo miré. Desvíe la mirada hacia los alimentos y sin pensarlo más dije:

— Crema de calabaza y hamburguesas de merluza.

— No sabía ni que eso existía

— Las hamburguesas, ¿verdad? Es una receta de mi madre.

Puse música de fondo mientras Marcos se lavaba las manos. Nada marchoso. Confieso que elegí una de las playlist predeterminadas de Spotify. Exactamente la que se llama 'Para estudiar' que mezclaba las

obras clásicas más famosas. Empezó con Requiem in D Minor de Mozart.

— ¿Preparado?

— Ajá. -asintió

A Marcos le encargué que cortara las verduras y las hortalizas mientras yo picaba la cebolla, el ajo y los filetes de pescado. Al mismo tiempo charlábamos. Yo, como le prometí, le hice un breve esquema de mi familia, además de ponerle al día con algunas anécdotas de la vida de mi hermana. Las mías serían muy aburridas. La graciosa de la familia era y es ella por desgracia. Marcos me rebatía con algunas otras de su hermana, que parecía tener muchas cosas en común con la mía. Sobre todo, la actitud.

Cuando tuve todo picado, le añadí pan y leche y lo removí todo hasta conseguir una masa consistente para hacer las hamburguesas. Así que en un par de minutos la puse en la freidora mientras cortaba la calabaza. Marcos iba más lento que yo a pesar de que se notaba que tenía experiencia cortando verduras.

— No sé si es porque lo hemos hecho nosotros, pero esto está buenísimo.

— Y sano. -añado mientras sonríó de oreja a oreja

Ya estábamos sentados en la mesa. Había pasado casi una hora y media desde que empezamos a cocinar, gracias a los temas de conversación entrelazados y la crema de calabaza, que necesita mucho tiempo de preparación.

Elegí el mantel blanco con detalles en plata y lo acompañé de mi mejor cubertería. Para una vez que venía alguien a mi casa con la que no compartía sangre, no iba a ponerle el mantel amarillo con vaquitas que me regaló mi padre. Él tan... original como siempre.

Observaba a Marcos desde el otro lado de la mesa, estudiando minuciosamente como dividía sus miradas entre el plato de crema y mi cara. Sonreía. Si supiera que desde que lo vi mis hormonas se volvieron a revolucionar como una adolescente, y a fantasear con la idea de que me follaba en cada rincón de mi casa, no hubiera aceptado la invitación. Estoy segura.

— ¿Qué miras? -me preguntó al verme totalmente en silencio y atendiendo a sus movimientos

Se había remangado las mangas de la camisa y su expresión facial está relajada, dándole un aire más despreocupado. Unas pequeñas venas se marcaban en sus músculos y yo soñaba despierta, deseando saber cómo

sería agarrarme a esos músculos mientras su cuerpo me poseía. Moví la cabeza de un lado a otro. «Puedes dejar de tener esa mente tan calenturienta, por favor», me pidió mi conciencia que estaba harta de ver cómo en mi imaginación mis bragas sobraban continuamente.

— A ti. ¿Te gusta?

— Mucho. ¿Esto te lo ha enseñado tu expareja?

— ¿Es una pregunta sutil para preguntarme cuánto hace que no tengo una relación? -doy una cucharada a la crema

— Yo la calificaría como una pregunta indirecta.

— Pues no, la verdad. Mi arte culinario surgió de manera forzada al independizarme.

— ¿Y...? -Quiere saber más.

— No tengo novio desde la universidad. Al menos no con esa definición. He tenido rollos y poco más. Nada serio. ¿Y tú?

— Un año, aproximadamente.

— ¡Vaya! -arqueo las cejas. -No me esperaba tanto tiempo. ¿Has estado en abstinencia durante todo este tiempo? -Marcos se ríe tanto que casi echa la crema de calabaza por la nariz y añade:

— No voy a responderte a esa pregunta, Emma. ¿Sueles ser tan directa?

— ¿Y tú tan indirecto?

— Entonces, ¿qué hacía una chica como tú en Tinder? ¿Qué buscas en una relación?

— Yo no me creé la cuenta, sino mi hermana. Fue como una especie de emboscada para que volviera al mercado. Me había centrado mucho en el trabajo en los últimos años.

— Te atraparon los libros, nunca mejor dicho.

— Sí. Y respecto a los chicos... No sé. Me gustan que sean sinceros, honestos y que me respeten, por supuesto.

— O sea, yo.

— Tú cuando me respondas a todas las preguntas.

— Pues yo hacía tiempo que no entraba en Tinder, si te soy sincero. Me lo hice hace tiempo para investigar y lo dejé estar. El otro día entré por casualidad, porque estaba haciendo limpieza de aplicaciones y la vi. Y te encontré. Y ahora estamos así.

— Interesante casualidad. -muevo las cejas. Indirecta. -¿Y qué buscas en una chica?

— Pues que sea guapa, lista, coherente y que tenga los pies en la tierra. Odio a las niñas de ahora que están obsesionadas solo con su físico y la moda

— Has dicho niñas, Marcos. ¿Te acuestas con niñas para un polvo de aquí te pillo, aquí te mato?

Marcos se ríe, pero no contesta.

— Quien calla, otorga. -añado

«Emma llamando a Marcos. Estás en mi casa, en mi mesa cenando conmigo, coqueteando y decides cambiar de tema de conversación cuando esta está en lo más interesante». Yo reculo y decido no lanzarle más directas. Marcos no contesta y yo lo único que hago es ridiculizarme sacando el tema una y otra vez, intentado extraerle información que, para mí, es vital. No quiero enrollarme con un picaflor enmascarado.

La conversación continua más normalizada y cuando acabamos de cenar Marcos propone que veamos una película mientras nos comemos el helado. Yo acepto encantada porque es mi plan favorito y uno de los que tenía previsto cumplir este fin de semana. Así que conecto el portátil a la televisión y le dejo elegir película. El efecto mariposa es la candidata, aunque yo la haya visto hasta la saciedad. Apago las luces y nos sentamos juntos, mientras Marcos sostiene el helado y yo clavo una y otra vez la cuchara.

— Emma.

— ¿Sí? -digo cuando me distrae de mi burbuja de Ashton Kutcher

— Las niñas no bajan de los 24

Yo sonrío. ¡Por fin ha aceptado que desfoga a diestro y siniestro! Yo lo miro y le sostengo la mirada unos segundos. Él se mete la cuchara en la boca y me devuelve la sonrisa descaradamente. Continuamos viendo la película concentrados. Cuando se acaba el helado, le prohíbo levantarse y le pido que lo deje en el suelo. Yo, había fantaseado con la idea de

jugueteo con el helado sobre mi cuerpo, a lo 50 sombras de Grey, pero la falta de iniciativa masculina provoca que me quede durmiendo cuando la peli ha pasado los cuarenta minutos. No soy una mujer de pensamientos prehistóricos que afirman que los hombres deben llevar la voz cantante, pero ante tal panorama lleno de (in)directas recíprocas, decido abstenerme.

Noto como me pesan los párpados. Me acomodo un poco más y cierro los ojos totalmente, apoyándome por inercia en el hombro de Marcos. Lucho por volver a abrirlos. No lo consigo. La discoteca continúa pasándome factura.

Me desvelé a las tres de la mañana, moviéndome incomoda en el sofá. No sabía dónde estaba hasta que desvié la mirada y vi la luz que entraba por la ventana. Había sido improbable despertarme en la cama de Marcos. Me incorporé y miré hacia los lados. Todas las luces estaban apagadas. No había nadie.

Me levanté, encendí la luz y cogí mi móvil.

Te has quedado dormida en mi hombro. Me he tomado la libertad de apagar tu portátil e irme sin despedirme.

Me lo he pasado genial, Emma, a pesar de tus directas... -lo acompañaba con el emoticono que guiñaba un ojo a la vez que sacaba la lengua

Hasta mañana.

Bloqueé el móvil llena de impotencia y frustración. Me había pasado la noche mandándole directas pare recibir a cambio NADA. Ni un simple beso. Ni una provocación.

No hagáis planes para esta tarde. Necesito grandes dosis de vino y vuestros consejos. -lo envié al grupo que tengo con mis amigas. Estaba segura que se alarmarían en cuanto lo vieran.

Capítulo 7

Capítulo 7

Me despierto a las diez de la mañana, pero esta vez en mi cama, rodeada de mantas y desnuda. Cuando me desvelé no tenía ni las ganas ni la motivación suficiente para ponerme el pijama. Y, cuando menciono a la motivación, quiero referirme a que me quedé despierta en la cama, con los ojos abiertos como un búho, llena de rabia y contención sexual. Los cerré y le di rienda suelta a mis fantasías, con Marcos incluido en ellas, e hice uso de mis habilidades deícticas. Quince minutos después, tras idealizar a Marcos como un dios del sexo que me lo hacía en la barra americana, en el sofá y en la ducha de mi casa permitiéndome alcanzar no tres, sino seis orgasmos, me quedé dormida.

Estiré el brazo hasta conseguir atrapar con los dedos mi teléfono: tenía una llamada perdida de mi madre; por WhatsApp mis amigas intentaban sonsacarme información previa a la quedada que iba a ser a las ocho en el restaurante La marca de Barcelona y mi padre me invitaba a almorzar el domingo, o sea, mañana en su casa. Iba a ser una de sus deliciosas paellas.

Os cuento con detalle esta tarde, porque me voy a poner de mala leche de nuevo. -respondí en el grupo de las Totally Spies.

No me perdería una paella de las tuyas por nada del mundo. Allí estaré mañana, papá.

Me levanto de la cama y me acerco hasta el armario a ponerme un pijama gordo y calentito. Elijo uno grisáceo con grandes lunares blancos que compré en Primark y me lo pongo antes de ir al salón y coger el teléfono fijo inalámbrico que hay encima de la barra americana. Marco el teléfono de mi madre y me dirijo a la nevera, dispuesta a prepararme un bol de cereales y una tostada.

— Dígame, señora madre. -bromeo con el teléfono atrapado entre mi oreja y mi hombro. No tirar la leche me parece más importante que provocarme una tortícolis.

— ¿Te acabas de levantar? -me pregunta directa

— Sí, hoy se me han pegado las sábanas un poco. ¿Y tú?

— Preparándome para trabajar. Turno de tarde.

- ¿Cuándo te vas a jubilar mamá? Ya no estás para esos trotes.
- Emma, como vuelvas a llamarme vejestorio, voy y te cruzo la cara de una hostia.
- Mamá, estás muy bien para tus cincuenta y seis años, pero tantas horas de pie...
- ¡No me recuerdes la edad! Yo soy como Benjamin Button. De todas maneras, no te llamaba para discutir sobre mi edad. Gonzalo y yo hemos hecho planes para Pascua.
- ¡Ilumíname!
- Hemos alquilado una casa rural para que vayamos los tres.
- No quiero ir de sujeta-velas. Me basta con conocer a Gonzalo, estar 24 horas bajo vuestro mismo techo e irme. Además, me voy a aburrir muchísimo
- Que eres, ¿una cría?
- Mamá, una casa rural implica nieve, y la nieve estar encerrada entre cuatro paredes. Vais a conseguir que consuma todos los datos de mi tarifa.
- Tráete a tus amigas, aunque no sería muy apropiado ya que va a ser la primera vez que conozcas a Gonzalo.
- Mira, queda mucho para Pascua. Me lo pensaré, ¿vale? Quizás pueda ir a pasar un día con vosotros y después volver a Barcelona.
- De acuerdo. Oye cariño, tengo que irme a hacer unos recados antes de empezar a trabajar. Hablamos luego.
- Vale. Si no te contesto no te alarmes. Voy a salir con las chicas.
- Está bien. Hasta mañana entonces.
- Hasta mañana, mamá. Un beso.

Y cuelga. Yo dejo el teléfono en su sitio, enciendo la radio y desayuno inmersa en mis pensamientos. Por mi mente pasaron como estrellas fugaces pancartas con el nombre Marcos. No quería obsesionarme. No quería empezar a dudar de todo desde la nada, sin tener algo sólido y firme como cimientos. Así que expulsé ese nombre de mis perturbaciones

hasta esta noche.

Mientras me metía cucharadas y cucharadas de leche con cereales en la boca, revisé mi piso de arriba abajo. Definitivamente no solo necesitaba una buena limpieza a fondo, sino un cambio de disposición de los muebles. Estaba empezando a cansarme de verlo siempre todo igual. Quizás podría reformar la habitación de emergencia y convertirla en el despacho que siempre he necesitado, porque eso de trabajar en el sofá, moviendo de un lado a otro manuscritos y haciendo apuntes e investigaciones va a acabar provocándome una escoliosis.

A veces me gusta dedicarme tiempo, mimarme y jugar con la idea de que dispongo de todo el tiempo del mundo para llevar a cabo de mis tareas. En cuanto engullí el último trozo de tostada, metí el bol y la cuchara en el lavavajillas y me debatí entre, como he dicho antes, dedicarme tiempo, o ponerme a trabajar. Claramente ganó la primera opción por goleada. Me quité el pijama, puse la playlist de reggaetón y me embadurné en todas las cremas que tenía en el cuarto de baño. Después, cuando se hubieron secado, me puse una bata y me pinté las uñas de los pies y de las manos de rojo pasión. Me revisé las cejas y el bigote, por si tenía que depilármelos, pero estaban genial. Cada pelo en su sitio. Así que mientras mis uñas acababan de secarse, encendí el ordenador, no sin antes desconectar mi teléfono móvil. Necesitaba concentración máxima para adelantar trabajo, porque la salida de hoy con las chicas suponía una futura resaca mañana.

Retomé el manuscrito que empecé cuando esperaba a que Marcos llegara. Tuve que rebobinar y leerlo desde el principio: había perdido el hilo argumentativo. Subrayé los puntos fuertes y débiles de la novela, anotando las posibles mejoras y consejos para sacarle partido a la novela. A las tres de la tarde acabé el primer manuscrito e hice un borrador con mi opinión personal para mi jefe.

Me hice algo ligero para almorzar: una tortilla francesa y una ensalada griega. Lo metí todo en una bandeja y me lo comí frente al televisor, como una adolescente, mientras veía una de mis películas preferidas de todos los tiempos Sweet Home Alabama.

Después de una pequeña siesta me puse a trabajar en un manuscrito nuevo hasta las seis de la tarde, hora en la que me metí en la ducha y comencé a arreglarme para la quedada con las chicas.

Dicen que el mejor remedio para el mal de amores o, en mi caso, para la frustración es subirse a unos buenos tacones, y eso era un ritual que yo sabía interpretar muy bien.

Me puse mis tacones verde botella por segunda vez desde que me los compré. Fue un capricho, si os soy sincera. Ni yo misma tenía idea con

qué prenda de mi armario los podía combinar, pero brillaban en el escaparate y eran tan bonitos y estaban taaaan rebajados que los convertí en amor a primera vista. Los acompañé de mi reciente adquisición en Mango y un maquillaje sutil que marcaba los ojos y los pómulos. El color de labios, rojo pasión, por supuesto.

Tenía el ánimo, la actitud, la indumentaria y en breve, tendría la compañía.

El restaurante en el que había quedado estaba a un par de manzanas de mi piso, así que opté por coger el bus. Una noche de chicas significaba cantidades ingentes de vino y lo que menos me apetecía era pagar una multa de tráfico.

Las chicas me saludaban con la mano en la puerta del local mientras se fumaban un cigarrillo y me veían avanzar desde el inicio de la calle. Yo levanté el brazo y les devolví el gesto.

— Dadme una calada, por favor. –les supliqué. Necesitaba volver a sentir como mis pulmones se relajaban. Lo sé, soy muy dramática. No es lo que pensáis. Necesitaba que se relajaran por el frío, me estaba calando hasta los huesos. Maldita sea el momento en el que decidí ponerme un vestido.

— Joder, ¡qué buenas estás! –exclamó Maite, tan espontánea como siempre

— Dadme un abrazo, por favor. –le devolví el cigarrillo y las abracé expulsando grandes cantidades de humo por la boca

Damas y caballeros. Os presento a mis amigas Maite y Paola. Sé que descubriréis su forma de ser, pero prefiero haceros una introducción para que no os pille de imprevisto. Cómo diría mi madre: "Maite es el demonio, la parte oscura de tu conciencia. Paola, la serenidad, ese haz de luz, pero ambas, en su conjunto, te equilibran Emma".

Maite es divertida, honesta, sincera, cotilla, mal hablada, espontánea, extrovertida; es alta, muy alta, y delgada, muy delgada. Tiene las medidas perfectas 90–60–90 y podría haber sido modelo de no tener un increíble talento y vocación para la ingeniería. Le encanta la fotografía y rodearse de personas y lugares que le inspiren. Le gusta pintar, reflejar con trazos todo lo que sus sentimientos son incapaces de expresar; el cine clásico y las novelas policíacas; divertirse, salir de fiesta y perder la noción del tiempo entre vasos de ginebra, y bailar, mucho y mal, hasta el punto de que da vergüenza ajena estar junto a ella. Sus movimientos son torpes, descoordinados, arrítmicos y extravagantes. Pero eso la hace especial, la hace única, y me encanta.

Paola es tímida, risueña, bondadosa, empática; teme ser juzgada y le cuesta confiar en las personas, pero cuando lo hace, lo hace de verdad. Mide un metro sesenta y cinco, aunque su pelo rizado y voluminoso la hace crecer un par de centímetros más. Es tan blanca como la nieve, tiene pecas y unos ojos verdes que combina con un eyeliner color verde agua.

Trabaja como asistente social en Barcelona porque 'quería ayudar y comprender a las personas con problemas' de la forma en la que a ella nunca lo hicieron. Tuvo una adolescencia dura y marcada debido a su orientación sexual, lo que la hizo luchar contra viento y marea para defender sus ideales. Además de ayudar a los necesitados, le gusta la música, Lana del Rey y Tom Odell específicamente, el cine, los chistes malos, salir con sus amigos y el carnaval.

Entramos en el restaurante tras un intercambio mínimo de palabras. Las obligué a tirar el cigarrillo y entramos directamente al salón principal, donde Daniel nos guardó nuestra mesa de siempre. Una botella de vino rosado nos acompañó en la primera parte de la cena.

— A ver, cuéntanos. ¿Qué te preocupa? —Paola puso las manos sobre la mesa, dispuesta a escuchar

— No, no. Empezad vosotras poniéndome al día, porque lo mío es largo. ¿Qué me perdí el otro día?

— No mucho. Paola y yo fuimos a tomarnos algo solas y nos encontramos con María y sus amigas, que no tardaron ni dos segundos en acoplarse.

— ¿En serio? ¿Pero qué les ha dado últimamente?

— Pablo me dijo que le acosa por WhatsApp, así que supongo que querrá hacerse amiga mía para compartir más momentos con él.

— ¿Pero a Pablo le gusta? —preguntó Paola que también desconocía la historia

— ¡No! Claro que no. Dice que podría tirársela, pero que teme que va a ser una de esas tías incordio que lo va a acosar para repetir.

— Un polvo con dolor de cabeza —añado.

— Exactamente.

— ¿Y tú? —arqueé las cejas, indicándole a Paola que hable

— Mejor te lo cuento cuando estemos borrachas.

- No. ¡Dímelo ahora!
- Te vas a poner a gritar como una loca, que te conozco.
- ¿De quién es?
- Sobre mí y Alba.
- ¿Temas sexuales?
- No. -sentenció. -Calla y cuéntanos tú. Nos tienes intrigada desde esta mañana.
- Chicas, me he atrevido a traeros ensaladilla rusa como entrante.
-Daniel nos interrumpió
- ¡Gracias! -dijimos al unísono.
- ¿Queréis algo más de comer?
- Yo quiero un montadito de carne asada y verduras.
- Lo mismo para nosotras. -añadieron Maite y Paola
- Muy bien. -y se va con su PDA
- He conocido a un chico. -les confesé cuando sonrían. -Se llama Marcos y ha sido a través de Tinder. Sí, sé lo que me vais a decir, pero es este. -saco el móvil y le enseño una foto de su perfil. -Todo lo que tiene de guapo por fuera, lo tiene de inteligente por dentro.
- ¿Pero...? -pregunta Maite intuyendo que hay algo que va mal detrás de todo lo bueno
- Pero no me ha besado todavía. ¡Ni lo ha intentado! ¿Os lo podéis creer?
- ¿A ti no te gustaba que los tíos fueran despacio?
- Los tíos Maite, pero no Marcos. Cuando estoy con él tengo ganas de abalanzarme sobre él y quitarme la ropa. No sé por qué, pero no me había pasado nunca. Es como si tuviera un aura hechizante.
- Hechizada te dejan a ti los libros.
- Quizás quiera ir despacio.

— ¿Un tío en el siglo XXI despacio? Si hasta Eva me lo ha dicho...

— Tendrá que haber de todo en el mundo, Emma. No te desesperes. ¿Cómo es? ¿Es tímido o extrovertido?

— Depende de la situación y el momento de la conversación en el que estemos. Normalmente es tímido, aunque de vez en cuando me lanza indirectas que me quedo estupefacta. Tampoco puedo decir mucho porque solo nos hemos visto dos veces.

— ¿Tú te has insinuado? -ahora es Paola la que sonrío con picardía

— Le he hecho preguntas muy directas.

— Define lo que significa directa para ti, madre de pueblo. -me insultó. Pero bueno, ¿se creen que soy una mojigata?

— Le pregunté cuánto tiempo hacía que no follaba.

— ¡Vaya! -se rieron al unísono, sorprendidas por la pregunta y por haber conjugado el verbo follar sin estar borracha.

— Emma, seamos claras: te pica, ¿no? -Maite que no ha conocido la vergüenza en su vida, apoyó los brazos en la mesa y se acercó un poco a mí, susurrando

— Más o menos. -le aclaré entre risas

— Normal. ¿Cuánto haces que no sientes un miembro erecto dentro de tu vagina?

Antes de contestar miré a las mesas que nos rodeaban, por si alguien había escuchado lo que Maite acababa de decir. No lo pude evitar. Me daba una vergüenza que me moría hablar de estos temas, así que mis coloretes se intensificaron de manera natural.

— Un año y medio creo. -les confesé muy a mi pesar.

— ¿Desde qué admitiste que los chicos eran una puta mierda que jugaban contigo?

— Sí. -miré hacia al techo antes de contestar. ¿Cómo coño se acordaba de mis palabras exactas?

— Pues ya que te gustan tanto las protagonistas modernas de las novelas que lees, haz como ellas, sé valiente, independiente y directa. Si quieres

tirarte a Marcos y él no se atreve a dar el paso, dalo tú.

Por primera vez en mi vida, Maite dijo más de dos frases coherentes sin blasfemar, además de tener razón. Si tanto me gustaba defender a las protagonistas independientes, claras, inteligentes y con iniciativa, ¿por qué no convertirme en una de ellas? Quién no arriesga no gana, ¿no?

No estoy diciendo que me vaya a convertir en una asalta camas con piernas. Pero sí intentaré actualizar mi personalidad al siglo en el que vivo, acentuando el hecho de que no vivo dentro de una historia de amor con final feliz. Eso hace mucho que ya no se consigue.

— ¿Qué vamos a hacer después de cenar? -pregunté mientras buscaba el móvil en mi bolso

— Podríamos ir al pub Le Chic.

Paola y yo asentimos. Abro WhatsApp y le envío a Marcos:

Hoy quizás podríamos acabar hoy de otra forma... Estaré en el pub Le Chic, por si te apetece venir con tus amigos.

No añadí ningún emoticono. Simplemente dejé que su mente sacara las conclusiones que, por cierto, estaban bastante claras.

Capítulo 8

Capítulo 8

El reloj no había marcado las once y media cuando nos marchamos del restaurante. Antes de ir a Le Chic, Maite necesitaba ir a su piso para cambiarse de zapatos.

Me monté de copiloto en los asientos de piel sintética blanca de su Audio, que brillaba y olía como el primer día. Cada detalle, cada sensación que ese coche me producía era única. Desde luego, valía su precio en oro, y yo lloraba mentalmente porque nunca tendría un sueldo de ingeniera para poder permitírmelo. ¿Te importa que cambie el disco? -le pregunté cuando escuché que sonaba 7 days de Craig David. -Es que siento que voy a quedarme dormida

—¡No! -repuso Paola desde el asiento central de la parte trasera

—Mira, señorita Lana del Rey, si queréis que me anime no lo vais a conseguir con vuestras canciones. Voy a ver que tienes por aquí

—No pongas reggaetón que me va a quemar los oídos

—Si no me los ha quemado a mi Lana o Tom, no lo creo que el reggaetón te lo haga a ti. -me defendí. No era muy fan del reggaetón en mi día a día, pero era el único género musical que conseguía animarme

—Ya la cambio. -dijo pulsando uno de los botones del volante que controlaba la radio

Lush Life de Zara Larsson inundó el espacio y, a pesar del frío que hacía y las quejas de Paola, abrí mi ventanilla durante unos minutos. La cerré cuando mi piel empezaba a estar tan estirada que podría hacerme pasar por Raphael.

Llegamos al bloque de pisos de Maite y Paola y yo optamos por quedarnos en el coche a esperarla. Nos conocíamos. Sabíamos que si subíamos y nos sentábamos en el chaise longue seríamos la viva reencarnación de los chicos de Verano Azul cantando "del barco de Chanquete no nos moverán".

Paola me pidió recomendaciones literarias y yo, conociendo sus gustos, mencioné un par de título de thriller y sagas juveniles-adolescentes que

mezclaban la acción, el misterio y pinceladas de amor.

Maite volvió con unas sandalias de plataforma cómodas para poder resistir si la noche se alargaba más de lo previsto.

Mientras encontramos aparcamiento, nos retocamos en los espejos del coche y caminamos, llegamos a Le Chic a las doce y media de la noche. No tenía el cartel de aforo completo, pero tampoco es que estuviera precisamente vacío. Fuimos directas a la barra, nos pedimos una copa de ginebra con refresco de limón y nos sentamos en uno de los sillones del fondo.

Le Chic debería replantearse el hecho de cambiarse de nombre. Porque chic no es el restaurante, sino más bien psicodélico.

Era un pub de techos altos, con el techo en negro e iluminación en tonos rojos, morados y azules. Los sillones estaban dispuestos en forma de semicírculo alrededor de mesitas independientes donde apoyar las copas. No era feo, pero sí peculiar.

Como iba diciendo, las Totally Spies nos encaminamos hasta los asientos del fondo, pisando fuerte para transmitir seguridad con nuestros zapatos de plataforma y tacones, denotando que no íbamos a ser presas fáciles.

—¡Emma! -oí desde el lateral derecho. Yo miré a los lados sin parar de caminar. Sería mi imaginación.

—¡Emma! -volvieron a repetir, pero esta vez la voz parecía estar más cerca

Miré hacia atrás y vi a la última persona que pensaba encontrarme en un pub.

—Héctor... -dije descendiendo gradualmente la voz

—¿Qué tal?

—Bien, aquí con las chicas. -desplacé la vista presentándolas.

—¡Oh! Soy Héctor, el ginecólogo de vuestra amiga. -se acercó primero a Paola y, después a Maite, que no pronunciaron más que dos palabras.

—Bueno, ginecólogo en sustitución.

—Quién sabe, pronto trabajaré con mi padre. Pediré tu expediente. -

Pero... ¡¿Tendrá la cara dura?!!

—Dudo que haga algo así. Oye, encantada de verte, pero voy a sentarme que estos zapatos me van a matar.

—Vale. Descansa que después vamos a bailar hasta la saciedad.

—Gracias por tu... no sé qué ha sido eso. Pero bailo fatal, así que ahórrate el intento.

—Ya veremos. Hasta luego, chicas... -les dijo con un ágil movimiento de cejas-Emma... -y volvió a su semicírculo

—Explícame qué coño ha sido eso. Me he puesto cachonda cuando ha dicho la palabra ginecólogo imaginándome su boca en mi vagina mientras me hago una puta revisión.

Paola y yo echamos a reír. Damos un sorbo a la copa y nos sentamos en nuestro semicírculo del final.

—¿Es tu ginecólogo de verdad?

—Sí.

—¿También lo has encontrado en Tinder?

—Más o menos. El lunes se acercó a mi mientras tomaba café antes de ir al trabajo, preguntándome si era la persona que le aparecía en Tinder. Me quedé helada porque no sabía de hablaba. Más tarde descubrí que mi hermana me había creado un perfil a escondidas. Mi madre me llamó ese mismo día, confirmándome que me había pedido cita para ir al ginecólogo y cuando fui estaba Héctor.

—¡¿No?!! -exclamó Maite

—Supuestamente tenía cita con su padre, pero estaba sustituyéndolo.

—Joder tía, tienes una suerte que no te lo crees ni tú. Yo si fuera hetero me lo tiraba sin pensarlo. -añadió Paola suspicazmente

—¿Y qué pasó en la consulta? ¿Os lo montasteis encima de la camilla?

—¿Maite me escuchas cuando hablo? Antes te he dicho que llevo un año y medio de sequía y ahora me vienes con esto...

—Quién sabe. Yo de ti ya me lo espero todo.

—Obviamente no pasó nada. -aclaré tras darle otro sorbo a mi copa. -Me hizo la revisión y me largué tan rápido como pude. Tu imagínate la situación: el lunes me reconoce en Tinder y me dice que ojalá me hiciera uno verdadero, y el viernes me examina el interior de mi vagina. Muy cómoda lo que se dice... pues no estaba.

—En serio, yo estoy perdiendo la fe en la humanidad. Voy a tener que crearme una cuenta en Tinder también... Has ligado más en una semana que en toda tu puta existencia

—Bueno, en mi adolescencia y juventud no fui una santa precisamente. -dejé caer una gran sonrisa en la boca

—Eres una putilla reconvertida.

—Paola, ¿me vas a contar qué te ha pasado con Alba? ¿Seguís juntas? -cambié de tema

—Se la he presentado a mi madre.

Y efectivamente, tal y como predijo en el restaurante, lancé un grito que la canción So good de Zara Larsson calló.

—¿Y qué ha dicho?

—Ya sabéis que ya hace años que le confesé que era lesbiana, pero nunca se lo ha llegado a creer del todo y cuando le presente a Alba como novia, vi como su cara se resquebrajaba por la deshidratación momentánea de sus venas.

—Impresionante... -es lo único que logré decir. - ¿Y qué hizo?

—Nada. Cenamos, le hizo un cuestionario y después nos fuimos. Al día siguiente fui a verla y me dijo que no lo aceptaba, pero que la aguantaría por mí.

—No está mal para el primer impacto

—Lo sé. Terapia de choque se llama.

—¿Y tu padre? -inquirí deseosa de más información

—A mi padre le da igual con quién esté mientras sea feliz

—Es irónico que la persona más estricta de tu familia sea la más

comprensiva ahora.

—¡Dímelo a mí! -exclamó Paola

La noche continuó con anécdotas, cotilleos y más copas. Sí, yo, la persona que juró no volver a beber hasta que se le olvidara lo mal que se levantaría al día siguiente siguió ingiriendo alcohol durante las siguientes dos horas.

El ambiente del pub cambió de un segundo a otro. Las luces se hicieron más tenues, dejando paso a la oscuridad característica de las discotecas, y el pop-rock internacional fue sustituido por el reggaeton. Dos chicos de buen ver se acercaron a nuestros asientos e invitaron a bailar a Maite y Paola con insistencia. Ellas rieron divertidas y se dejaron llevar. Maite, deseosa de un polvo, y Paola, imaginando la cara que pondría el tío cuando le parara los pies diciéndole que es lesbiana.

Miré a los lados y tras comprobar que a mí nadie me iba a sacar a bailar, saqué el móvil del bolso para mirar mi Instagram mientras las chicas volvían. No me hizo falta. Un chico alto, moreno, con una barba de tres días y un cuerpo esculpido se acercó a mí. Llevaba unos pantalones vaqueros oscuros y había combinado una camisa de cuadros en tonos pasteles con una americana informal de rayas verticales. Nunca a nadie le había quedado tan sumamente bien esa mezcla de estampados. Era Héctor, por supuesto.

—¿Bailas conmigo? me pidió alargando su mano hacia mí

—No. Ya te dije que yo no sé bailar.

—Lo sabía. -dijo dejándose caer a mi lado

—¿Qué sabías?

—Que eras una cabezota

Abrí los ojos y estudié su rostro facial, que me mostraba una sonrisa cómplice.

—He tenido que convencer a mis amigos para que se llevaran a tus amigas porque sabía que no ibas a aceptar ir a bailar conmigo. -añadió rompiendo el silencio que se había producido

—¿Has sido tú? Ya decía yo que era muy raro que los dos... A ver no estoy

llamando a mis amigas feas, sino que... Bueno, itú me entiendes!

Héctor se echó a reír. Se le veía tan seguro de sí mismo que me daba envidia

—Hay cientos de chicas que están comiéndote con los ojos. Te aseguro que están deseando que te acerques a ellas.

—Todas excepto tú.

—Egocéntrico

—Desabrida

—Manipulador

—Cabezota

—¿Vamos a pasarnos toda la noche insultándonos?

—No te estoy insultando, te estoy diciendo rasgos de tu personalidad.

—Qué sabrás tú de mi personalidad

—No me dejas descubrirlo. A ver, empiezo yo: me llamo Héctor Cid, tengo treinta años. Acabé la carrera con veintiséis, pero tras acabar la especialización me dediqué a viajar por el mundo. No fue idea mía, sino de mi padre, quería que desfogara antes de centrarme y madurar. Yo no quería trabajar en su clínica, ya sabes, por el tema del control, así que uno de sus amigos me contrató. Sigo trabajando allí, pero estos días estoy sustituyendo a mi padre. -coge la copa que antes de sentarse había dejado sobre la mesa y da un trago.

—¿Desfogaste por el mundo dando este discurso sobre tu vida?

—No. A las extranjeras lo único que les importaba era que mi nacionalidad, ya sabes, por la famita que tenemos

—Yo no soy extranjera y, aunque lo fuese, no me voy a acostar contigo, así que ahórrate tus discursos y planes de ataque porque no te van a servir.

—¿Quién ha dicho que quiera acostarme contigo?

—Tu discurso.

—Solo me estaba presentando. Perdona si te he dado pie a

malinterpretaciones.

Héctor borró la sonrisa de su cara y con el ceño frunció pronunció sus últimas palabras con sentimiento. Yo me quedé embobada. O era el mejor actor del mundo o realmente estaba expresándose con veracidad. Suspiré, me resigné y sonreí, para a continuación añadir:

—Yo soy Emma Sainz, pero eso ya lo sabes. Tengo treinta y dos años y soy de Barcelona. Estudié filología inglesa e hice un máster en edición que me permitió entrar en el mundo editorial. Tengo una hermana un poco hija de puta que iba por ahí creándose perfiles en Tinder y unas amigas que se atreven a bailar con cualquiera.

—¿Y a qué te dedicas exactamente dentro del mundo editorial? ¿Eres traductora?

—No, no. Soy agente editorial. Leo manuscritos y valoro sus posibilidades para ser publicados o no. -arqueé una ceja, sin darle mayor importancia, y le di un sorbo a mi copa para acto seguido pasar mi lengua por mis labios inocentemente.

—Mmm... Me gusta.

—¿El qué?

—Leer. Los libros. -y su sonrisa me delató que precisamente no se refería a eso

Continuamos charlando. Héctor me describió al circo que tiene como familia y yo, no sé si por el efecto del alcohol o por mi mente últimamente calenturienta, veía como sus labios gruesos y definidos se movían lenta y sensualmente al pronunciar cada palabra. Así que un par de respuestas alcoholizadas después sobre el trabajo, amigos y hobbies, me disculpé y fui al baño.

—¿Quieres que te pida otra copa? -me preguntó antes de que desapareciera de su vista

—No, gracias.

Entré en el baño y me apoyé en la pared a esperar que uno de los cubículos quedara vacío, pero me estaba haciendo tanto pis que sentía que me dolía la vejiga. Así que con mi cara bonita, salí y me encerré en el baño para minusválidos, tan limpio que parecía que el señor Don Limpio había hecho su aparición estelar. Estaba mareada y sabía que iba a ser un intento fallido mear con los tacones puestos, acabaría cayéndome de

cabeza y llenando todo el suelo de sangre, así que cogí papel del váter y arranqué cuatro tiras del tamaño de mi brazo. Las puse en el suelo mientras me agarraba en la pared y me quité los zapatos, puse los pies en las tiras e hice pipí sin apoyar los glúteos en la taza del váter. Cuando acabé, me puse los tacones, recogí el desastre y me miré en el espejo. Parecía un puto mapache: el rímel se me había corrido por la parte inferior, la línea del ojo estaba desapareciendo y el color rojo de los labios había sido borrado por el alcohol. Cogí un poco más de papel, lo mojé con un poco de agua y me retoqué el desastre con delicados toques.

Cinco minutos después salí del baño y aprovechando que Héctor no había vuelto al sitio en el que estábamos sentados, me dirigí a la pista de baile a chafarle el momento de magreo a Maite. Paola me miró cuando pasé por su lado, intuyendo que algo planeaba. Le guiñé un ojo y a ritmo de Gyal you a party animal me colé entre el pequeño espacio que separaba a Maite de su acompañante y moví las caderas. Todos se echaron a reír, los dejé en paz y me fui a bailar junto a Paola y el otro chico.

—Soy Eric.

—¡Cómo el príncipe! -bromeé. -Yo soy Emma

—¿Y dónde te has dejado a Héctor?

—Eh... -miré a los lados mientras intento activar los recuerdos. -No sé. Oye, ¿sabes que estos han venido a entreteneros porque Héctor quería meterme cuello? -dije mirando a Paola, que se echó a reír en cuanto escuchó las últimas dos palabras

—¿Qué quiere meterte qué...?

Lo ignoré como el que escucha llover. No lo hice a propósito, por supuesto. Estaba ida, mi mente estaba ida. Saqué mi móvil y me di cuenta de que eran casi las cuatro de la mañana y yo allí de pie, con una comida familiar al día siguiente. Volví a guardarlo y seguí bailando como si ninguno de mis pensamientos fueran coherentes. Cuatro canciones más tarde, tras haber compartido palabras con Paola y Eric a voces, Héctor apareció detrás de mí, agarrándome por la cintura y pegándome a él.

—Eh, eh -le dije quitando sus manos de mi cuerpo. Estaba un poco borracha, pero seguía sin ser tonta. Me giré y lo enfrenté

—He estado esperándote, creía que no habías salido del baño. -volvió a insistir, colocándolas esta vez en la parte baja de mi espalda

—¿Y tanto iba a tardar?

—He pensado que estabas haciendo caca. Ya sabes, con el alcohol todo se suelta. -y nos echamos a reír, yo de la tontería que acababa de decir y él de su propio chiste

Capítulo 9

Capítulo 9

Si no hubiera estado viendo a un DJ con unos cascos metalizados, una mesa de mezclas y un portátil que valía más que mi casa entera, hubiera dicho que la música que sonaba era una playlist predeterminada de Spotify. El orden, los artistas y la combinación encajaban a la perfección.

La noche continuó entre canciones. Héctor me pegaba a él y bajaba las manos por mi cuerpo según las instrucciones que yo le había dado. Sabía que si traspasaba mi línea de defensa, se llevaría una cachetada y quedaría en evidencia delante del pub. Yo misma me encargué de dejarle clara las consecuencias.

Se acercaba a mi oído cuando intentaba decirme algo porque la música tapaba su voz. Bueno eso y que yo creía que estaba tarareando las letras de las canciones. Y he de confesar que cada vez que lo hacía, un cosquilleo recorría mi cuerpo, empezando por la unión de mis piernas, y tenía que contenerme para no cerrar los ojos y dejarme poseer por su boca.

Despacito de Luis Fonsi tomó posesión de los altavoces y yo alocada por los buenos recuerdos que esa canción me traía, lo di todo de mí, y cuando digo todo, quiero decir T-O-D-O. Movimientos de cintura, de pechos, de cabeza haciendo que mi pelo volase de un lado a otro. Me pegué a Héctor y mirándole a los ojos, situé mi pierna derecha en medio de las suyas, obligándole a descender unos centímetros unidos y bailando. Él me agarró la mano y me dio la vuelta, pegando mi espalda con su pecho y no pude evitar sentir como un bulto hacía acto de presencia en mi culo. Yo me aparté, alarmada. Miré a Héctor y él se echó a reír, sin importarle poder montar un escándalo en la discoteca. Sabía por qué había cambiado la expresión y solo hacía unas horas que me conocía. Demasiada confianza le estaba dando.

Tiró de mi mano y me acercó a él, para luego decir, como bien nombraban en la canción, cosas en mi oído:

— Si me provocas esto con solo verte bailar, no quiero imaginar qué pasará cuando te bese.

«Emma, tranquilízate. Respira hondo y expulsa el aire por cualquier parte excepto en forma de pedo. Por muy inverosímil que te pueda parecer, otro tío bueno acaba de seducirte. Piensa en hielo, piensa en hielo» –mi conciencia tomó la palabra mientras yo miraba a Héctor con una sonrisa

tonta en la cara y sin haber hecho el amago de hablar.

— Voy al servicio. -le dije junto al oído

— ¿A tocarte pensando en mí?

— ¡Más quisieras! -reí y desaparecí entre el bullicio.

Hice el ademán de encaminarme hacia el baño, por si me estaba siguiendo con la mirada, pero segundos después, y con sumo cuidado, deshice mis pasos y desaparecí del pub. Me replanteé irme andando a casa porque los zapatos no me habían dado problemas, pero quería desaparecer de allí lo antes posible sin ser víctima de un secuestro o violación. Barcelona de madrugada es muy peligrosa.

Me acerqué a la cera y levanté un brazo cuando vi a un taxi pasar. Le di la dirección al conductor y saqué mi móvil para darles una explicación a Paola y Maite:

No os preocupéis por mí, estoy en un taxi de camino a casa. Me estaba agobiando la situación. Os quiero. -escribí en el grupo de las Totally Spies

¡Ah, Maite! Usa protección ;)

El domingo, para mi sorpresa, me levanté sin resaca. Haber vomitado hasta la primera papilla cuando llegué a casa fue liberador y relajante.

Escogí unos pitillos vaqueros claros, un jersey marrón chocolate peludo y mis botas del mismo color. Nada de maquillaje. Solo crema hidratante y contorno de ojos. Me recogí el pelo en una coleta desenfada y eché el cargador en el bolso antes de salir de casa. Estaría a punto de morir y necesitaba tenerlo activo por si la empresa me enviaba algún correo de última hora.

Tardé casi una hora llegar a la casa de mi padre gracias al tráfico. Los domingos eran un caos en la ciudad porque se utilizaban como método de eliminación de estrés a través de actividades de ocio.

Mi padre vivía en un pueblo a veinte minutos de Barcelona, por eso mi hermana estaba día sí y día también en mi casa. Había muy buena comunicación por tren y autobuses provinciales. Su casa medía 100 metros cuadrados, pero treinta de ellos iban destinados a un jardín multifuncional donde le gustaba reunir a la familia. A pesar de que me independicé antes de que mi padre comprara la casa, reservó una habitación por si alguna vez me apetecía quedarme, para hacerme saber que siempre tendría un lugar donde él estuviera.

— Papá, ya está tu hija adoptiva aquí. -Eva me recibió abriendo la puerta

— Hola mojon. -le contesté con una sonrisa, abrazándola

— ¡Hola cariño! -mi padre apareció por detrás y vino a saludarme

Eva se apartó y yo pasé a abrazar a mi padre. Mantuvimos el abrazo durante un par de minutos, besos por aquí y besos por allá y "vas a tener que venir más a comer para que engordes". Úrsula me gritó desde la cocina que estaba allí. Yo entré siguiendo el rastro de olor que inundaba la casa y accedí a la cocina, dónde vi expuesta en un molde de silicona una maravillosa y deliciosa tarta de Oreo.

— Dios Úrsula, creo que voy a pasar directamente al postre

— Solo para ti, cariño.

Úrsula dejó lo que estaba preparando, se limpió las manos y vino a abrazarme. Me miró de arriba abajo y me criticó con mimo por ir siempre tan guapa. Mi padre entró en la cocina y nos acompañó en la conversación que habíamos tomado sobre la vida. A continuación, él se colocó su delantal favorito, ya podéis imaginar cuál era y comenzó a cortar los ingredientes de la paella.

Me gustaba verlos juntos. Cuando mis padres se divorciaron lo pasé mal. Me cambió la actitud y la aptitud para enfrentarme a las cosas. En mi cabeza se había ido desarrollando el guion de una película de terror en el que mis padres se peleaban por mi custodia, yo me iba a vivir con una madrastra mala, fea y amargada que se casaría con mi padre por su dinero y mi madre desaparecía porque se daría cuenta que era una niña consentida, rebelde y un incordio para rehacer su vida.

Nada ocurrió así. Mi padre se encontró a Úrsula en la salida de mi instituto. Él iba a una reunión de padres y ella volvía a casa tras haber cubierto una baja. No sé ni cómo ni cuándo, pero se volvieron a encontrar y fueron conscientes de que se llamaban mucho la atención y eso solo podía ser porque se gustaban. Una charla introductoria en la que se intercambiaron números y un número desconocido de citas después, mi padre me la presentó. Desde el primer minuto me dijo que estaba ocurriendo: "estoy conociendo a una mujer. Quiero asegurarme que es lo suficiente buena como para que en un futuro esté cerca de ti" -me dijo mientras se vestía para su primera cita. "¿Te gusta?" -le pregunté yo. "Sí" "Si a ti te gusta, a mí me gustará más". -le contesté de forma inmediata. No se equivocó. '

Úrsula vino a casa unos dos meses después de aquella primera cita. Eva

nació un año después.

Durante el breve periodo que viví con ellos, me di cuenta que mis padres no se divorciaron porque se odiaban, sino porque no habían conocido aún a sus mitades perfectas. No los culpo, compartían el mismo trabajo y tenían personalidades iguales. Sin embargo, Úrsula era el Yan de mi padre, tan diferente pero complementaria que asustaba verlos juntos.

Úrsula me obligó a sentarme junto a Eva, evitando que metiera las manos en lo que estaba cocinando y yo acepté encantada; era nula para la cocina.

Me dirigí al salón y me encontré a Eva con las piernas encogidas, tapada con la enagua de la estufa y con el ceño fruncido de toda la concentración que le estaba poniendo a la serie de Teen Wolf. Yo sonreí. Era tan niña pequeña cuando quería...

Saqué el cargador del bolso y lo conecté al móvil antes de sentarme, apoyándolo en el brazo del sofá. Me debatí entre molestar a mi hermana o desempeñar el papel de buena hija, así que abrí WhatsApp y esperé un poco para romper su momento.

Tenía un mensaje de Marcos.

He venido a traerte un desayuno sano, pero o estás durmiendo o sigues de after.

Junto al texto había adjuntado una foto de una bolsa de una tienda ecológica frente a la puerta de mi casa.

Estoy en la casa de mi padre. Comida familiar.

No te preocupes. Tendría que haberte llamado antes. Haré un esfuerzo sobrehumano para tragarme todo esto. -añadió un emoticono con la lengua fuera

Por cierto, he visto tu mensaje esta mañana. Ayer estuve todo el día entrenando y me fui temprano a dormir.

¡Vaya! Tendré que deshacer el muñeco vudú que te estaba haciendo. -me reí, imitando a Héctor, de mi propio chiste.

Eva me mira. Pone cara de asco y continúa viendo la serie.

¿Cogiste la saliva de mi cuñara?

¿De dónde sino? No es que hayamos compartido mucha precisamente

Directa. -sentenció

Tan grande y clara como el cartel de Hollywood.

Las estoy apuntando y contando

¿De verdad es lo único que vas a decirme?

Y ahí estaba yo: furiosa y pidiéndole explicaciones a un tío que conocí dos días antes. ¿Cuándo y cómo mi forma de ser había cambiado? Porque yo aún no me adaptaba a que mis pensamientos fluyeran sin ningún filtro.

Créeme: no querrías saber lo que te diría cara a cara

¿Eres gay y no me lo confesaste?

Emma...

Vale, vale. Lo siento. El alcohol no ha desaparecido de mi cuerpo. Necesito más horas de sueño.

¿Volviste a beber ayer?

Síp.

¡Maldita mentirosa! -un emoticono con dos lágrimas saltadas de la risa aparece en medio de su respuesta. -Yo sí voy a cumplir mi promesa de abstinencia alcohólica.

Me contuve para no añadir un "y abstinencia sexual". Bloqueeé el móvil y miré a Eva. En mi cabeza paseaban veinte cheerleaders con pancartas en las aparecía la palabra 'sexo'. ¡Lo mío era una obsesión!

— ¿Qué? -me preguntó Eva cuando se dio cuenta que llevaba quince segundos mirándola con la mirada pérdida.

— Nada.

— Dame eso. -y me quitó el móvil de la mano. -Así que Marcos eh...
¿Habéis vuelto a quedar?

Un nuevo mensaje de Marcos había aparecido en las notificaciones emergentes de la pantalla bloqueada.

— Ya te contaré.

— ¿Te lo has tirado?

— ¿Tú crees que tendría esta cara si me lo hubiera tirado?

— Pues no. La verdad es que no. Tienes cara de malfollada.

— Tengo cara de no follar.

Desbloquee el móvil y le contesté:

Sí. Tú de autocontrol podrías dar una máster class.

No aguanté ni un minuto tanta tensión. Marcos no solo evitaba mis directas en persona, sino que por WhatsApp era aún más esquivo a pesar de que podía esconder su timidez. Bloquee el móvil, pero esta vez desactivando los datos móviles y fruncí el ceño enfadada como una adolescente a la que han dejado plantada. Cerré los ojos y me apoyé en el hombro de Eva, cayendo en un fugaz sueño.

Tuve que pelearme con mi padre para convencerlo que almorzar en el jardín era una pésima idea. Hacía un día estupendo, eso era cierto, el cielo azul, grandes y esponjosas nubes blancas y un sol radiante. Pero hacía una temperatura media de 19 grados y yo iba a exponerme a coger un resfriado a principio de año. Al final accedió con la ayuda de Úrsula, su talón de Aquiles.

Como bien preví, el domingo por la tarde recibí un correo de la editorial en la que me pedían puntualidad el lunes. Habían adelantado la reunión de departamento por motivos internos de la empresa. Así que volví a Barcelona a media tarde, me preparé una cena ligera y me metí en la cama sin pensarmelo dos veces.

El lunes me levanté llena de energía porque, ¡por fin!, había recuperado todas las horas de sueño que llevaba atrasadas. No hizo falta que sonara el despertador. A las seis y media de la mañana tenía los ojos abiertos, activé la radio y me metí en la ducha mientras pensaba que outfit me pondría.

Al final me decanté por unos pitillos burdeos, una blusa holgada, la chaqueta de cuero negra y unos zapatos de plataforma del mismo color. Nada informal, nada demasiado formal.

Salí de casa cuarenta y cinco minutos antes. Cogí el autobús y me paré a desayunar en el bar en el que conocí a Héctor. Era mi ritual. Después llegué a la empresa y antes de ir a la sala de reuniones me deshice de la

chaqueta. La calefacción estaba al máximo.

La sala de reuniones era una leonera. Era un cuadrado decorado con una mesa redonda, sillas oscuras e incómodas y un proyector que llevaba roto desde hacía más de un mes. Además, era lúgubre y tenebroso, porque estaba situado en la parte sombría del edificio. Que un haz de luz cruzara la ventana estaba catalogado por la Biblia como un milagro.

Mis cuatro compañeros y agentes literarios estaban abriendo sus carpetas cuando yo hice acto de presencia. Nos saludamos, cotilleamos sobre qué hicimos durante el fin de semana y adquirimos una postura seria y convincente cuando el director de departamento entró. Uno a uno fuimos presentando nuestras conclusiones sobre los relatos leídos e inquirí en varios métodos de publicitar las propuestas.

Dos horas más tarde salí de la sala con la libreta echando humo. Había apuntado tantas cosas que me dolía la mano de escribir. Volví a mi cubículo y para evitar perder la concentración, me puse unos auriculares y comencé a redactar el informe que pasaría al departamento de recursos humanos.

Eran la una y media cuando pulse el botón de enviar. Me había pasado toda la mañana delante del ordenador, tecleando a la velocidad de la luz, lo que había provocado que tuviera los ojos rojos y los dedos desgastados. Aproveché que no había usado mi media hora de descanso para acercarme al baño. Hice pipí, me refresqué y me eché colirio con los ojos.

Miré el móvil cuando bajaba en el ascensor. Había estado tan ocupada que no me había parado a pensar en el mundo exterior. Maite y Paola dieron señales de vida por el grupo de Totally Spies. Y Paola me dijo que tenía cosas que contarme.

No fue esa noticia la que me alarmó, sino un número desconocido que me había hablado y que, por desgracia, intuía a quién pertenecía.

He tenido que esperar a llegar a la clínica para poder encontrar tu número y contactarte.

Ni te imaginas la rabia que he tenido acumulada durante todo el fin de semana.

No sé por qué te fuiste de Le Chic sin despedirte, dejándome tirado y como un completo gilipollas que no sabía qué hacer.

Y lo peor es que he estado cuestionando mis movimientos, por si te incomodé o intenté propasarme, pero no. Me comporté bien. Nunca antes

me había tenido que contener tanto.

Fue un placer, Emma.

Era Héctor. Yo me quedé parada. Me sentía mal. Llevaba razón. Yo le dejé las cosas claras y él estaba actuando de acorde a los movimientos que impusimos. Habíamos hablado, reído, compartido opiniones; habíamos bailado, coqueteado; nos habíamos respetado. No se merecía haberle dejado plantado por mis inseguridades y contradicciones.

Me lo imaginé en la discoteca, buscándome por todos sus rincones, preguntándole a mis amigas si sabían algo sobre mi existencia. Tuvo que ser doloroso, impactante y descolocador verse sin una respuesta coherente ante tal actuación.

Me bajé en la primera planta mirando la pantalla del móvil. Cuando me di cuenta, moví la cabeza negando que me hubiera podido pasar tras cuatro años en la empresa, guardé el móvil y bajé al hall por las escaleras.

Fui al bar que había cerca de la editorial, al que iba cuando me quedaba hasta tarde trabajando. Preparaban comida para llevar así que no pusieron ninguna objeción cuando les pedí que los menús que había pedido, uno vegetariano y otro combinado, lo guardaran en una bolsa de papel gruesa.

Cogí el autobús de vuelta a casa, pero me bajé tres paradas antes para poder ir a la clínica de Héctor. El remordimiento había hecho sombra al resto de mis sentimientos y tenía la urgente necesidad de arreglar la situación con Héctor. Yo no era así, yo no me comportaba así y estar borracha no era una excusa.

Toqué el timbre exterior para que la recepcionista de la clínica pudiera abrirme.

— Buenas tardes. La clínica está cerrada. –me dijo amablemente

— Hola. –respondí– Lo sé. Venía a hablar con Héctor. ¿Sigue aquí?

— Sí, está cerrando expedientes. ¿Espera su visita?

— No. Dígle por favor que soy Emma.

— Tendrá que esperar aquí fuera.

— No se preocupe. Gracias.

La mujer desapareció cerrando la puerta detrás de sí. Yo me di la vuelta,

paseando de izquierda a derecha con pasos cortos y nerviosos.

— Pase. —me pidió haciéndose a un lado tres minutos después

— Gracias.

— Está en su despacho. —me indicó señalando la puerta

Yo asentí y toqué con los nudillos la puerta. Giré el pomo cuando escuché que me daban permiso para entrar.

No sabía cómo iba a reaccionar Héctor cuando me viera entrar, pero seguramente no iba a parecerme tan importante teniendo en cuenta lo fascinante que iba a ser la tarde.